

Puntualizaciones desde una relectura de la retroactividad (*Nachträglichkeit*; *après-coup*) en la obra de Freud

Eduardo Braier

La activación de la imagen, que ahora puede ser comprendida merced al mayor desarrollo intelectual, opera como un suceso fresco, pero también como un nuevo trauma, una intervención ajena análoga a la seducción.

S. FREUD, *De la historia de una neurosis Infantil* (1918 [1914])

Creo que el único antídoto posible contra la ideologización es el trabajo y la profundización.

J. LAPLANCHE, *Reportaje a J. Laplanche* (1990)

Resumen

La noción de nachträglichkeit se nos presenta como un punto de entrecruzamiento de las teorías psicoanalíticas, no estando exenta de un alto grado de complejidad y posee diversas implicaciones, articulando entre sí temas de gran importancia, tales como las teorías concernientes a: a) el trauma sexual y la seducción; b) el desarrollo sexual humano en dos tiempos, separados por el período de latencia; c) el recuerdo; d) la memoria; e) la represión; f) la organización del psiquismo; g) la etiopatogenia y —muy especialmente— h) la temporalidad en psicoanálisis.

I. Introducción

Ha llegado el momento de abordar la teoría de la *retroactividad* (*nachträglichkeit*), que considero de un gran interés, tanto teórico como clínico, dadas sus relaciones con múltiples temas de enorme importancia para el psicoanálisis, como lo son, por ejemplo, la represión y la temporalidad.

A propósito de esta última: cabe señalar que si en psicoanálisis estamos habituados a pensar, desde una noción *lineal*, en experiencias pasadas que condicionan el presente y el futuro del sujeto, también hemos de reflexionar en torno a una temporalidad tal que, partiendo de acontecimientos

del presente, incide sobre los contenidos de la memoria inconsciente, en un movimiento que modifica retroactivamente el estado y condición de las huellas representacionales, las que pueden adquirir nuevos sentidos y así accionadas, repercutir sobre el presente y el futuro.

Uno de los hechos que ha movilizad mi interés por continuar en la indagación de estas cuestiones ha sido el venir observando, en lo que respecta a los conceptos y mecanismos implicados en el fenómeno retroactivo, la persistencia de cierta ambigüedad y oscuridad en parte de la literatura psicoanalítica, que no siempre puede explicarse y justificarse como expresión de las mismas características de los procesos intrapsíquicos inconscientes que se intentan dilucidar y del alto grado de abstracción que el análisis de estos temas supone.

Las puntualizaciones que expongo a continuación constituyen, pues, una tentativa de echar algo más de luz sobre el asunto, de acuerdo con mi manera de entender las cosas. Espero haber conseguido mi propósito y en cambio no inducir a una mayor confusión.

A la vez considero que no está errado quien piensa que, en última instancia, hemos de aceptar convivir con muchas incertidumbres en nuestros conocimientos psicoanalíticos. No se trata meramente de intentar llenar en forma ilusoria los vacíos dejados por lo enigmático para contrarrestar nuestras vivencias de incompletud.

Mis reflexiones nacen, eso sí, de una relectura cuidadosa de la obra freudiana, aunque no sé si al final habré logrado plasmar algo más que un trabajo monográfico minucioso, a pesar de haber procurado dar alguna que otra vuelta de tuerca sobre ciertos puntos.

También encuentro que existe una tendencia hacia un esquematismo simplificador de algunos aspectos del tema, tendencia no exenta de cierto dogmatismo, que va en detrimento de una visión más exhaustiva que intente dar cuenta de la complejidad de los mismos. Procuraremos también por ende desplegar aquí un abanico amplio de alternativas y propuestas.

Lo que sigue es producto, como diría Laplanche, de «poner a trabajar» las hipótesis de Freud, en esta ocasión con la compañía estimulante de los textos de destacados autores (entre ellos, muy especialmente, los del propio Laplanche), que han sido de valiosa ayuda para seguir indagando en torno a estos temas y que serán citados a lo largo del presente trabajo.

II. Retroactividad (*Nachträglichkeit*)

II.1. La denominación del fenómeno retroactivo

El término *Nachträglichkeit* (sustantivo),¹ utilizado por Freud en varias de sus obras, ha sido traducido al castellano como *retroactividad* (Laplanche y Pontalis, 1968) y también por medio de otras expresiones, tales como *efecto retardado* (Freud, 1896a; 1918 [1914]), *acción diferida*, proveniente de la traducción al inglés de *deferred action* (empleada por Strachey en la edición de las obras completas de Freud de la *Standard Edition*), *posterioridad* (acción con posterioridad. Freud, 1918 [1914]) o *posterioridad retroactiva*; a ello se suma, además de la versión inglesa, una serie de traducciones en diferentes idiomas, algunas de ellas muy conocidas, como la locución latina *a posteriori*, ampliamente utilizada en castellano y en particular en el campo epistemológico. La francesa, *après-coup*, introducida por Lacan, es sin duda una de las más difundidas, habiéndose hecho aún más popular que la castellana de *retroactividad* entre los analistas hispanohablantes; es comprensible y justo que así sea, en tanto ha sido sobre todo Lacan (1953) —seguido de otros analistas franceses— quien desde la década de 1950 llamó la atención acerca de esta noción, en su condición de pieza de importancia singular en el edificio teórico freudiano, permitiendo así que aquella mantenga toda su vigencia y valor.

Es cierto que muchos psicoanalistas, en diferentes latitudes, fieles al pensamiento lineal del tiempo en psicoanálisis, no suelen incluir la resignificación *a posteriori* en sus razonamientos; los seguidores de la escuela inglesa son un claro ejemplo de ello. Otros, desde Lacan en adelante, en Francia y en buena parte de Occidente, tienden por el contrario a pensar con mayor asiduidad en los fenómenos psíquicos desde la perspectiva del *après-coup*. Por supuesto, todo esto puede influir de un modo determinante en la forma de concebir el funcionamiento psíquico y en nuestra práctica psicoanalítica, marcando a veces considerablemente las diferencias.

II.2. Primeras descripciones de la teoría de la retroactividad en la obra de Freud. El caso Emma

Al igual que sucede con otras nociones, Freud no realizó un estudio sistemático del tema, si bien es evidente que, en ocasiones cambiando de términos, lo encontramos a lo largo de toda su obra.

Será inevitable revisar hipótesis de sobra conocidas y que encontramos repetidas hasta la saturación en la literatura psicoanalítica.

Ya desde el *Proyecto* Freud nos habla de un trauma psíquico de naturaleza sexual que en su mecanismo de producción reconoce por lo menos *dos tiempos*: el primero de ellos está dado por una escena de seducción o abuso sexual sufrido pasivamente por una persona, generalmente en su niñez, en una etapa que por entonces era considerada *pre-sexual* por el creador del psicoanálisis. Se trata de un episodio sexual padecido por el niño/a, habitualmente a manos de un familiar adulto (el padre, un tío, etc.) u otro niño de mayor edad, que ejercen el papel seductor. Tal episodio, al que la víctima en el momento de suceder —pensaba en esa época Freud— no estaba en condiciones de atribuirle significado sexual alguno, tampoco revestiría por sí mismo y por entonces un carácter traumático; Freud (1895a) le llamaba acontecimiento *sexual-presexual*.

El segundo tiempo transcurre en una etapa de la vida de la víctima de aquel incidente sexual en la que ya ha sobrevenido la maduración sexual (pubertad). Suele consistir en un episodio anodino o fútil, que incluso *no es necesario tenga un contenido sexual*, pero que posee la cualidad de «despertar» —dice Freud (1895)— a la primera escena, entrando en resonancia con ella al establecer una conexión —inconsciente— desde ciertos «rasgos asociativos» (Laplanche y Pontalis, 1968), dotándola entonces de una significación sexual que el sujeto, ahora sí, está en condiciones de asignarle. Esto a la vez confiere a dicha escena un efecto traumático. Por ello, dirá Freud, que no es la escena en cuestión sino *su recuerdo* lo verdaderamente traumático (Breuer y Freud, 1893-1895. *Comunicación preliminar*; Freud, 1896a). En mi criterio, y hechas algunas —muy necesarias— salvedades que iremos explicitando a lo largo de este artículo, una tal descripción continúa reflejando lo esencial de aquello que conocemos como efecto *retroactivo* (*nachträglich*).

Hasta aquí creo que puede hablarse de una *significación* (sexual) *a posteriori*, antes que de una

re-significación (a esta última nos referiremos un poco más adelante).

El caso paradigmático es el de Emma (Freud, 1895), quien desarrolló una fobia, por la que no podía entrar sola a una tienda. El que sea tan conocido me exime de reproducirlo íntegramente; pero al menos vaya como ejemplo de la definición enunciada renglones atrás que en el segundo momento del proceso productor del fenómeno traumático en Emma, el *rasgo asociativo* principal —trivial, por cierto— estaría dado por el recuerdo de la *risa* de los empleados de una tienda cuando tenía doce años, recuerdo que habría despertado el de la primera escena, al conectar con la risotada del pastelero a cuya tienda la pequeña Emma había acudido cuando tenía ocho años y que entonces la había hecho objeto de tocamientos.²

En la tienda los dos empleados *rien*, esta risa evoca (inconscientemente) el recuerdo del pastelero (Freud, 1895. Las cursivas son de Freud).

A esto se puede añadir la posibilidad de que hubieran intervenido además la representación *vestido* y aún la de *empleados* y la de *tienda*, igualmente banales y también presentes en ambas escenas. (En la tienda, el pastelero le había tocado a Emma los genitales por encima de su vestido; los empleados, pensaba Emma, se reírían de ella en la tienda por su vestido).

Desde esta perspectiva, la escena sexual del primer tiempo (Laplanche, 1969-1970b; Laplanche y Pontalis, 1985 [1964]) nunca podría ser traumática por sí misma; sólo lo sería su *recuerdo* (inconsciente), tal como lo postulaba Freud (1895; 1896a; 1896b; Breuer y Freud, 1893-1895). Como es sabido, y de acuerdo con los avances teóricos evidenciados por el propio Freud, las cosas hoy no pueden ser vistas estrictamente de acuerdo con esta descripción inicial. Todo esto lo iremos considerando a lo largo del presente trabajo.

II.3. *Nachträglichkeit* y teoría de la seducción

La teoría enunciada en el *Proyecto*, la del trauma en dos tiempos, a la vez no es otra que la teoría de la *seducción*, que Freud pergeñó y sostuvo entre 1895 y 1897.

Conviene precisar que dentro de las situaciones reales ocasionantes de traumas de naturaleza sexual en el niño caben, no sólo el que sea víctima de los intentos manifiestos de seducción e incluso de experiencias sexuales de diverso tipo por parte de

algún adulto o de otro niño mayor (entre las que figuran acciones tales como la estimulación de los genitales o actos semejantes al coito, hasta llegar a, por ejemplo, la violación y el incesto), sino también las conductas que implican una seducción indirecta (gestos, frases equívocas, exhibirse desnudo, permitir la observación del coito parental, etc.), sobre todo si son repetidas. De ello ya advertía tempranamente Freud en 1896 (*La etiología de la histeria*), exponiendo una detallada lista de los atentados sexuales perpetrados contra niños.

Como también sabemos, Freud abandonará —aunque sólo en parte— su teoría de la seducción, en lo que respecta a afirmar que en la producción de toda neurosis debía existir siempre en el sujeto el antecedente de un acontecimiento real de seducción sufrido pasivamente (Freud, 1896a; 1896b), sustituyéndola por las teorías de las fantasías, la realidad psíquica y la sexualidad infantil.³ Pero la renuncia a la teoría de la seducción, teoría con la que se superpone nuestro estudio acerca del trauma sexual y el *après-coup* en el tramo inicial de este recorrido por las propuestas freudianas, lo será solamente en cuanto a la relevancia de su papel etiológico, lo que no significa que Freud desconociera de ahí en más la existencia y la importancia patógena de las escenas sexuales reales en los niños. Por el contrario, continuó refiriéndose a ellas a lo largo de toda su vida.

Desde luego, en nuestra propia experiencia analítica seguimos también comprobando la incidencia nociva de episodios infantiles de seducción en los padecimientos de muchos de nuestros analizandos.

II.4. Primer y segundo tiempo del *nachträglichkeit*.

Variantes en los acontecimientos psíquicos

La noción que hoy conocemos como *après-coup* perduró. Lo que de su hipótesis inicial mantuvo Freud a lo largo de su obra fue su concepción acerca del mecanismo psíquico en sí y de la temporalidad; es decir, el trauma en —como mínimo— dos tiempos. De acuerdo con ello, quiero desde un comienzo señalar que, a mi juicio, lo más importante y que habrá de mantenerse como una constante será también la descripción del propio fenómeno retroactivo, que encierra además, entre otras cosas, el desarrollo en ciernes de las teorías freudianas sobre la represión (*Verdrängung*) y sus consecuencias: reorganización del material psíquico y retorno de lo reprimido.

Digo esto porque, como iremos viendo, los acontecimientos psíquicos de los tiempos 1 y 2 podrán presentar una serie de variantes en más de un aspecto. Hecha esta necesaria aclaración, hemos de señalar además que las distintas particularidades de tales sucesos no nos han de ser indiferentes, dadas las consecuencias psíquicas producidas por éstos, por sí mismos; y porque, en definitiva, ellos constituyen *el material* con que contamos al efectuar nuestra tarea analítica. Por tales motivos, iremos tratando de desglosar con cierto detalle a lo largo de este capítulo algunas de las diferentes alternativas que pueden presentarse, siendo especialmente en este terreno donde pretendo efectuar ciertas puntuaciones. Así, anticiparemos que lo que caracteriza tanto a los sucesos y registros psíquicos del primero como del segundo tiempo es su diversidad, no sólo en lo que atañe a su *origen y naturaleza* (en relación con la realidad material y la realidad psíquica, por ejemplo), sino también en lo referente a su *significatividad sexual* (incierto y enigmática, preedípica y pregenital, edípica y fálica, o bien puede tratarse de sucesos carentes de sentido sexual⁴), sus *cualidades psíquicas* (conscientes, preconscientes o inconscientes) y su *eficacia traumática* (acontecimientos que son traumáticos *per se* o sólo cuando se activan sus huellas mnémicas, o bien no lo son).

Como un botón de muestra, valdrá la pena detenernos a examinar la escena del primer tiempo, sólo en lo que concierne a su origen y naturaleza, lo que enseguida comprobaremos encierra una cuestión tan trascendente como controvertida dentro del campo psicoanalítico. Para ello, nada mejor que retomar, desde donde la dejamos, la revisión de las modificaciones y agregados que en la obra de Freud fue experimentando su teoría de la retroactividad.

En lo que respecta al primer tiempo en la exposición prototípica del *Nachträglichkeit*, sabido es que consta de una escena sexual traumatizante, a la que cabe aludir como trauma externo, real o exógeno. Pero a todo esto, podremos observar que si bien entre 1895 y 1897 nos encontrábamos por entonces con casos como los de Emma (Freud, 1895) y de Katharina (Breuer y Freud, 1893-1895), en los que tanto el primer como el segundo tiempo del fenómeno corresponden a sendas escenas pertenecientes a la realidad material, veremos que ambos no siempre habrían de estar dados por escenas reales, pudiendo en cambio tratarse de producciones psíquicas variadas. A partir de 1897 nos hallamos ciertamente ante una nueva etapa de la investigación freudiana, en la que ya no cabría esperar, por ejemplo, que el tiempo 1 estuviera dado

necesaria y exclusivamente por un atentado sexual o —lo que se reafirmaría años más tarde— alguna forma de seducción indirecta, como la observación de la escena primordial, la que, al decir de Freud, obra también como una seducción (Freud, 1900, volumen V; 1918 [1914]⁵); dicho lugar podría ahora ser también ocupado por una *fantasía de seducción* (Freud, 1897a), encubridora de la sexualidad infantil.

En efecto, hemos llegado a comprender, desde el giro teórico evidenciado en 1897 por Freud, que este primer tiempo podría corresponder también a escenas fantaseadas. Al respecto dirá Freud:

[...] desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas *fantasías de seducción* considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil). Al obtenerse este esclarecimiento, cayó por tierra la insistencia en el elemento «traumático». (Freud, 1906 [1905]. Las cursivas son mías).

Estamos, pues, hablando de escenas tanto o más relacionadas con una realidad psíquica que con la realidad material. Aquí es inevitable recordar aquello de: «Ya no creo en *mi neurótica*», la tan conocida frase que figura en la carta a Fliess núm. 69, en la cual Freud se refería a que había dejado de creer en su *teoría de las neurosis*, que consistía precisamente en la teoría traumática de la seducción. Registramos entonces un abandono —parcial, insisto— de la teoría de la seducción y la prevalencia de la hipótesis acerca de la participación de las construcciones fantasmáticas en la producción de los traumas sexuales, lo que habrá de conducir, como afirman los Baranger y Mom (1987), «a una reconsideración de la metapsicología del trauma».

Realidad material-realidad psíquica: sabemos de las espinosas discusiones que esta dualidad ha venido suscitando a lo largo de la historia del psicoanálisis. De allí surge el ineludible concepto de *verdad histórica* concebido por Freud (1937), el cual, en resumidas cuentas, remite a cómo habrá vivido subjetivamente la persona sus experiencias traumatizantes y qué significado singular adquieren para ella según el momento en que acontecen; la verdad histórica será, pues, la resultante de una combinación de los acontecimientos del mundo exterior y su repercusión en el sujeto mediando la participación de los fenómenos de su mundo interno, en los que interviene especialmente el conflicto psíquico, con los deseos y las defensas.

La *verdad material* —cómo fueron realmente los hechos desde un punto de vista fáctico— suele ser inalcanzable; los psicoanalistas hemos de intentar acercarnos a ella, movidos por razones tanto investigativas como terapéuticas, así como éticas, pero será la verdad histórica lo que en definitiva más nos interese en cada caso, dado que es finalmente la que incide en los destinos del sujeto. Es que el neurótico, nos dice Freud, se extraña de cierta parte de la realidad objetiva o exterior; para no hablar del psicótico, en el que la deformación o el apartamiento de dicha realidad es mucho mayor (Freud, 1911).

Años después y conforme a la evolución del cuerpo teórico freudiano, sobre todo con *De la historia de una neurosis infantil*, se sumará la posibilidad de que la escena del tiempo 1 remita incluso a una *fantasía originaria*, heredada filogenéticamente y *rellenada* desde lo vivido individual (Freud, 1918 [1914]), asunto que trataremos en el párrafo siguiente.⁶

Sin ir más lejos y para seguir dentro del caso del *hombre de los lobos*, esta vez en lo que respecta al segundo tiempo: éste no está dado por una escena vivida (escena que en cambio es real, no sexual y baladí en Emma, así como real, sexual y traumática en Katharina), sino por una determinada producción psíquica, el sueño de angustia de los cuatro años. Tenemos entonces: el sueño (tiempo 2), que resignifica una escena (tiempo 1), la que a su vez pudo haber sido real (la visión del coito parental al año y medio de edad) o no (en este último caso, y como acabamos de mencionar, podría corresponder a una protofantasía).

Pero cabe reiterar: estas variaciones en las escenas primera y segunda no afectarán en lo esencial el mecanismo del *après-coup*; sea la huella mnémica de un episodio sexual traumatizante, una fantasía de seducción o una fantasía originaria, vale decir, más allá de que se trate de una seducción real —trauma externo— o no, unos u otros hechos habrán por igual de adquirir un determinado sentido (sexual) con *posterioridad*, que les dotará de eficacia patógena.⁷ Sobrevendrán: una reacción defensiva (represión) y la producción de síntomas (por fracaso de la represión y retorno de lo reprimido. Freud, 1915).

II.5. La integración del *nachträglichkeit* a la teoría de la sexualidad infantil. *El hombre de los lobos*

Ha sido con el historial de Sergei Constantinovich Pankejeff, *el hombre de los lobos*,

que la hipótesis del trauma sexual en dos tiempos comenzó a actualizarse e integrarse armónicamente en el conjunto de las teorías freudianas (Freud, 1918 [1914]), texto del cual fue rescatada por Lacan. Por el momento obviaremos otras referencias a dicha hipótesis,⁸ para dedicarnos a comentar algunas de las contenidas en la célebre historia de Sergei, que con el caso de Emma constituyen seguramente los dos ejemplos más emblemáticos del *Nachträglichkeit* freudiano.

Laplanche resume de forma admirable parte del concepto en cuestión, al referirse a las contribuciones de Freud en el historial de este paciente, por medio de unas breves líneas que valdrá la pena reproducir textualmente, pues recurriremos a ellas en más de una ocasión:

Freud demuestra que ciertos acontecimientos de la infancia pueden inscribirse de manera relativamente difusa en alguna parte, sin adquirir todo su sentido e incluso sin tener prácticamente sentido alguno para el sujeto; quedar allí en estado de huellas informes, para posteriormente cristalizar, adquirir sentido y esclarecer retrospectivamente todo el pasado. (Laplanche, 1969-1970a).⁹

Sergei había tenido su famoso sueño «de los lobos» a los cuatro años de edad. Freud colige que sería recién en ese momento cuando el pequeño habría estado en condiciones de adjudicarle un significado sexual a una escena que pudo haber sido real, en la que, con dieciocho meses de edad, habría presenciado la unión sexual de sus padres. (Aunque, como antes hemos recordado, el fundador del psicoanálisis también especula con la idea de que podría tratarse de una fantasía originaria, heredada filogenéticamente y, según suponía, *rellenada* por la visión de la copulación entre animales.)

Nos encontramos, pues, ante un nuevo relato del trauma sexual en dos tiempos, producido *retroactivamente*; pero a estas alturas de la investigación freudiana la situación es muy diferente en lo que atañe a más de una cuestión, aunque una de ellas destaca por su fundamental importancia: cuando se publicó el historial hacía ya veintiún años que Freud había descubierto la sexualidad infantil y el complejo de Edipo y trece de su gran obra sobre la sexualidad humana, *Tres ensayos de teoría sexual*. Bajo este punto de vista y de acuerdo con Freud, cabe deducir que cuando Sergei contaba cuatro años se hallaría en pleno período edípico y, por ende, la escena primaria reanimada en su mente habría adquirido para él un sentido en relación con el complejo de Edipo y la

amenaza de castración. Ya en la fase genital infantil, el *Ruso* (así llamaba también Freud a su paciente) no habría tenido, por así decir, que esperar a la pubertad para comprender —inconscientemente— lo sucedido.

Observamos que en este historial tanto el segundo como el primer tiempo del trauma son localizados en estadios más tempranos que en el caso Emma. Pero, además, e invocando nuevamente la existencia de la sexualidad infantil, tampoco la supuesta escena de la visión del coito parental habría estado, en el preciso momento de ocurrir, exenta en el paciente de resonancias sexuales.

En principio no resulta inapropiado pensar que la teoría del *après-coup*, una vez descubierta la sexualidad infantil, podría haber dejado de ser considerada como necesaria e incluso perdido su validez, ya que a partir de ese momento no es posible seguir hablando de una etapa presexual en el sujeto, ante cuya existencia la visión de la escena primaria habría hasta entonces requerido indispensablemente del segundo tiempo para alcanzar significación sexual y adquirir a la vez un efecto traumático; de hecho, en muchas oportunidades hoy cabe admitir sin mayores dilaciones la eficacia traumática *per se* de estos episodios tempranos. En opinión de Strachey (1953-74), por ejemplo, con el descubrimiento de la sexualidad infantil habría perdido sentido la afirmación de Freud de que el *recuerdo* del trauma sexual infantil tuviese más efecto que la vivencia que sobreviene en el instante mismo en que éste acontece.

II.6. Significación / re-significación

Sin embargo, la publicación del historial del *hombre de los lobos* acabó confirmando a la teoría del *après-coup* una gran utilidad y alcance. En esencia ha de tenerse en cuenta lo siguiente: la visión de la escena primaria, si bien *ya* tendría un cierto significado sexual para el pequeño Sergei, relacionado con la etapa anal por la que estaba atravesando y que hasta podría haber cursado con excitación sexual,¹⁰ habría de obtener un nuevo sentido *a posteriori*, en la fase fálica.

De ser así, convengamos que lo acontecido a los cuatro años ya no consistiría en la adquisición de una primera *significación* sexual sino en una *re-significación*, esta vez desde el complejo de Edipo y el de castración.

Desde esta perspectiva, entiendo que la teoría del *après-coup* ha de seguir siendo válida, pero a menudo —como en el caso de este historial— cabe

deducir que el mecanismo operaría más bien *re-significando* antes que *significando*, pues el primer episodio —su producto psíquico— *ya* tendría un cierto significado, y sexual además, lo que equivale a decir que se acompañaría de *representaciones sexuales* en el niño.

Ergo: si el episodio —observación de la escena primaria— ocurre en una fase pre-edípica, podrá ser *a posteriori* resignificado edípicamente; en concomitancia con ello, cabe también decir: habría tenido lugar en una etapa sexual pregenital (anal en este historial), siendo después «comprendido» (Freud, 1918 [1914]) desde la posición que brinda la organización genital infantil (con el par de opuestos fálico-castrado).

Etchegoyen (1994), al examinar la postura de Freud acerca del tema *significación* o *resignificación* en el *après-coup*, se centra también en el decisivo análisis del *hombre de los lobos*, remarcando que en su artículo Freud vacila entre ambas posibilidades. No obstante, en medio de las fluctuaciones de éste, es dable extraer ya del mismo artículo de 1918 valiosas consideraciones, que a mi juicio inclinan la balanza hacia una resignificación. Veamos, llega a decir Freud en torno de la escena primordial:

Acaso en lo que sigue hallaremos todavía un punto de apoyo para pensar que *ya había producido determinados efectos en la época de su percepción*, o sea a partir del año y medio. (Freud, 1918 [1914]. Las cursivas son mías).

Y a continuación menciona que la visión del coito entre sus padres sería concebida por el pequeño Sergei como un acto sádico.

Hay varios indicios más —e inequívocos— en el texto freudiano a favor de que la escena no habría carecido de sentido para el pequeño Sergei (como la mencionada excitación anal), que Etchegoyen ya se encarga en su artículo de hacérselo notar, por lo que no insistiré en ello.

Convengamos también que ya no podemos seguir describiendo, como aún leemos en algunos artículos sobre el tema, la *teoría de la retroactividad* tal como figuraba *antes* de 1897, año del abandono de la teoría de la seducción y del descubrimiento de la sexualidad infantil, salvo que una descripción tal forme parte de una reseña histórica y una revisión crítica de dicha teoría (como la que a mí mismo me ha tocado exponer, páginas atrás); de lo contrario estaríamos volviendo a los tiempos de Emma.

A veces me parece observar una suerte de *rémora* en torno a este punto. Paso a explicarme

mejor: el *après-coup* debiera siempre ser reformulado a la luz del reconocimiento de la existencia de la sexualidad infantil, y si como consecuencia de ello el primer tiempo del trauma después de 1897 deja de ser presexual para pasar a ser considerado sexual de pleno derecho, ya posee por sí mismo una significación sexual, aunque más no fuera enigmática o indefinida, hallándose relacionada con las pulsiones parciales activas en el momento de suceder el episodio.

Es por ello que entiendo que más vale hablar de una *resignificación* que de una significación (aunque no siempre, como veremos); y no sólo esto, sino que también, por las mismas razones y de acuerdo con lo mencionado anteriormente, considero que en el sujeto el primer tiempo podría ser traumático por sí mismo.

En suma, si reconocemos que en alguna medida la *representación* (preconsciente o inconsciente) de la escena sexual precoz y traumatizante estuviera *a priori* —esto es, antes del segundo tiempo del trauma— dotada de un determinado *sentido* o *significación sexual*, vale decir, si admitimos la posibilidad de que dicha escena genere representaciones de carácter sexual, habremos entonces de deducir que en rigor, como venimos sosteniendo, se trataría de una *resignificación* antes que de una *significación* la que tendría lugar en el segundo momento del proceso asociativo-traumático. Ello no será óbice para aceptar, con Green (2000a), y mucho más con los desarrollos de Laplanche, como poco más adelante se pondrá en evidencia, que el sentido de la primera escena resulte a veces impreciso, que sea difícil saber qué es lo que su huella *quería decir*.

En el próximo párrafo nos será de utilidad acudir a un concepto laplanchiano, el del *significante enigmático*, al referirnos sobre todo a los sucesos correspondientes a estadios muy tempranos del desarrollo, aquellos en los que lo inscripto en el incipiente psiquismo del niño podría tener una significación indefinida o vaga, *a priori* no susceptible de traducción.

Corroboramos que en la frase de Laplanche que antes hemos reproducido (Laplanche, 1969-1970a), el francés interpreta que Freud deja abiertas las dos posibilidades (resignificación/significación), cuando dice que estos hechos «pueden inscribirse [...] sin adquirir todo su sentido [aquí habría lugar para la resignificación] e incluso sin tener prácticamente sentido alguno para el sujeto [...] para posteriormente adquirir sentido [significación]». (Lo escrito entre corchetes me pertenece.)

II.7. Papel de la representación (representante representativo) en la significación y la re-significación

Por consiguiente, agreguemos ahora, se deduce que sólo aquello que en la psique posea el estatus de representación —preconsciente o inconsciente— podría ser significado o resignificado. Lo *no representado* —«vivencias del tiempo primordial» (Freud, 1920), «huellas perceptivas» (C. y S. Botella, 1997)— por definición y de hecho *no puede* entrar en el circuito asociativo y llegar a adquirir una significación; dará, eso sí, señales de su existencia por otras vías, tratándose de un trauma temprano condenado a ser activado y a repetirse, independiente del principio del placer. (Como a través de la repetición en el seno de la transferencia analítica, por ejemplo.)

La cuestión se remonta a los primeros trabajos freudianos. Así, en *Las neuropsicosis de defensa*, Freud se explaya al describir la vivencia o sensación, que se acompaña de una *representación*; el que se haya despertado un «afecto penoso» condujo a que esta huella psíquica fuera reprimida, quedando así fuera del comercio asociativo. La represión, al principio sólo concebida como defensa patógena, es, pues, condición para que el proceso sea patológico, formando parte de la psicogénesis del síntoma neurótico. Pero, ¿qué se reprime? La representación, claro está, ya que el afecto, al decir de Freud, separado de la representación, será convertido en energía de inervación o, siguiendo otro camino, investirá otras representaciones, dando así lugar, en uno y otro caso, a las distintas formas de psiconeurosis.

En la obra freudiana y en tales procesos, la representación habrá de ser inicialmente calificada de *sofocada*, pero poco después —y con todas las letras— como reprimida (en este contexto, sofocación y represión serían sinónimos), representación que deviene —por reprimida, justamente— patógena, pudiendo *a posteriori* recuperar parte de la investidura de la que la represión la había despojado. A propósito de esto último dirá Freud: «[...] y entonces constriñe a la persona a su procesamiento asociativo [...]» (Freud, 1894). Nos preguntamos: ¿cuándo ocurre esto? Cuando, por ejemplo, un nuevo incidente, incluso trivial, «despierta» por conexión asociativa «el recuerdo inconsciente». Desde ya, seguimos hablando de la representación reprimida, a lo que estamos añadiendo que una representación actual, vinculada con el nuevo suceso, se ha puesto en conexión con ella. Pero este es ya el mecanismo del

a posteriori (*après-coup*), en que la representación reprimida habrá además de adquirir ahora un sentido o significación o un sentido otro (resignificación). Esto se dará al ser *recordada inconscientemente*, reminiscencia que implica la reactivación de esta representación que la represión había debilitado, cuando la despojó de su investidura preconsciente al disociar parte de dicha investidura. Ahora será, pues, *despertada*, lo que es decir sobreinvertida, como consecuencia de este movimiento de la investidura, *energía pulsional* o *excitación* (Freud, 1894), que en este caso circula desde el presente hacia —digamos— el pasado, traducido en memoria inconsciente por la existencia de la representación reprimida. Green se refiere a *la sobreinvertidura regresiva* en el *après-coup* (*La diacronía en psicoanálisis*. En Green, 2000b, capítulo 1).¹¹ De nuevo la represión insistirá como defensa para evitar el displacer y el pasaje al acto ante la amenaza de acceso a la conciencia de dicha representación (retorno de lo reprimido). Es cuando la representación reprimida (recordemos: se trata de una representación sexual, infantil y desiderativa) deviene *traumática*, sobrecargada de una investidura que supone una excitación sexual adquirida en virtud de pulsiones parciales propias del Edipo y de la organización genital infantil e impedidas —por la barrera que implica la represión— de la descarga por medio de la acción motriz. Por otro lado, el retorno de lo reprimido dará lugar a la producción o al afianzamiento del síntoma neurótico (conversión histérica, fobia, desplazamientos de la neurosis obsesiva, según los diferentes destinos experimentados por la investidura, al enlazarse a otras representaciones).

Otra cosa muy distinta será cuando en el tratamiento Freud, y también nosotros después, vayamos en busca de la representación olvidada, para, desandando el camino del proceso del enfermar y ahora con fines terapéuticos, procurar que el analizando logre reunir representación y afecto, versión metapsicológica simplificada aunque acertada del *insight* psicoanalítico. Darle «al César lo que es del César», se podría también decir aquí. De este modo aquella representación, antes inconciliable con el sujeto, se habrá tornado por fin consciente y tolerada por la conciencia.

Este rodeo es para constatar, una vez más, que en las descripciones clásicas freudianas de la *retroacción* y de la patogénesis de los síntomas neuróticos son siempre representaciones, objeto de la represión, las que entran en juego, constituyendo la base esencial de las hipótesis explicativas de estos mecanismos y de la creación misma del psiquismo.

Lo que estoy planteando como una premisa para que el *a posteriori* tenga lugar, en el caso del *hombre de los lobos* complica el panorama, puesto que en tal situación se trataría —así lo señala Freud— de impresiones registradas por el pequeño Sergei antes de la adquisición de la capacidad lingüística...

Si esto es así se nos crea un dilema, por cuanto, de consistir sólo en arcaicas e incipientes huellas perceptivas (*huellas informes*) y no en representaciones, no podrían en mi criterio ser significadas ni mucho menos resignificadas (la visión traumática de la escena primordial del paciente quedaría asimilada al trauma temprano-prepsíquico), quedando fuera del circuito asociativo. Sin embargo, comprobamos que en el texto Freud se pronuncia alternadamente en favor tanto de una como de otra opción (significación/resignificación).

Más allá del indiscutible aporte que la teoría del *après-coup* aplicada a este historial representa para el psicoanálisis, el punto de partida en posibles sucesos acontecidos en estadios tan tempranos del psiquismo siembra inevitables dudas acerca de la verosimilitud de los procesos psíquicos descriptos, cosa que el mismo Freud admite en su texto:

Esto de introducir en la descripción fases tan tempranas y estratos tan profundos de la vida anímica es una tarea nunca acometida con anterioridad; y es mejor resolverla mal que emprender la huida ante ella [...]

El pequeño Sergei tendría sólo 18 meses cuando pudo haber sido testigo de la escena primordial. A propósito de esto, es oportuno recordar que más de veinte años antes de publicar el historial de este paciente y según su carta 59 a Fliess, Freud creía que las huellas podrían ser aún mucho más tempranas. Allí, en efecto, y acerca de las fantasías históricas, había escrito:

[...] según veo, por lo general se remontan a las cosas que los niños oyeron en época temprana y sólo con posterioridad (*nachträglich*) entendieron. Es asaz asombrosa la edad a que se recogieron tales noticias: ¡entre los 6 y los 7 meses! (Freud, 1897).

Empero, además de la otra posibilidad que enuncia Freud, de que lo que opere en Sergei Pankejeff en lugar de una escena vivida sea la fantasía originaria de la escena primordial (hipótesis no menos controvertida), podemos pensar que existan en el psiquismo situaciones intermedias entre las irrepresentables y las representables, quizá parcialmente representables, en relación con los

inicios de la adquisición del lenguaje (coincidentes con la etapa anal), en las que las huellas mnémicas acaso lleguen a acceder en parte a la red representacional a través de la constitución de representaciones-cosa, permitiendo de este modo contar con un mínimo soporte necesario para el desencadenamiento del fenómeno retroactivo que Freud expone en este, su famoso caso. Ni más ni menos: no más, porque la imagen de la escena primordial en cuestión no logrará acceder a la conciencia, ya que al faltar la representación de palabra no podrá ser recordada; pero tampoco menos, porque al alcanzarse ese estatus representacional —representación de cosa— ello le permitiría entrar en el circuito asociativo.

A todo esto, es razonable concebir la formación de la representación-cosa como un proceso, por el que la instalación de ésta, partiendo de una vivencia (de satisfacción o de dolor) y una huella perceptiva, se alcanzaría de un modo gradual.

Habíamos anticipado que volveríamos sobre la importante hipótesis de Freud acerca de que la observación del coito parental opera en el niño/a como una seducción. Tal hipótesis aparece tempranamente en su obra. Así, ya en 1900 (volumen V de *La interpretación de los sueños*), señala que la observación del coito entre adultos despierta angustia en los niños, que explica como consecuencia de «una excitación sexual que no puede ser dominada por la comprensión» [las cursivas son mías] y que además engendra una *repulsa* (este último término equivaldrá después en parte al concepto de represión) «[...] porque en ella están envueltos los padres».

Es aquí donde considero que la noción de *significante enigmático* (Laplanche, 1970; 1984; 1986; 1990), con sus significaciones sexuales inconscientes y ambiguas, significante necesitado de que posteriormente le sea conferido un sentido más definido, puede acudir en nuestro auxilio para seguir aceptando el desafío epistemológico al que nos enfrenta la problemática suscitada.¹² Lo digo desde la hipótesis que se basa en las tempranas impresiones devenidas en etapas del «tiempo primordial» de la —presunta, en el caso del *hombre de los lobos*— observación del coito parental, escena que en la relación padres-hijo, siguiendo a Freud, vemos que opera como una seducción. Ello es refrendado por Laplanche en 1984, habiendo el francés destacado la «escena originaria» (primaria) entre los significantes enigmáticos. Tales impresiones, entonces, en calidad de *significantes enigmáticos* y del mismo modo que aquellos relacionados con la seducción

materna y universal, podrían inscribirse como representaciones-cosa y quedar sumergidas, en tanto primeros significantes, bajo la represión originaria —*Urverdrängung*— (Laplanche, 1981a). Sostiene Laplanche:

La observación del coito parental propone al niño, le impone, imágenes, fragmentos de secuencias escénicas traumatizantes, inasimilables porque son parcialmente oscuros para los actores mismos. (Laplanche, 1984).

Recapitemos en lo que respecta a esta última parte: al releer el historial del *hombre de los lobos*, Laplanche (1969-70a) señala que allí Freud refiere que la inscripción del acontecimiento podría consistir en apenas unas «huellas informes», lo cual, y aplicado por mi lado a las etapas más tempranas del desarrollo individual, recuerda a las huellas perceptivas del trauma temprano o prepsíquico; en ese caso, el registro carecería de *significación*, aunque con la salvedad de que podría adquirirlo *a posteriori*... Pero otra posibilidad, que me ha parecido más plausible, es que las huellas mnémicas de la escena presenciada alcanzaran el nivel de representaciones, al modo de las primeras representaciones-cosa o significantes, que para Laplanche constituyen *significantes enigmáticos*. Al haber figurabilidad sería concebible, entonces, que pueda también haber significación y aún resignificación.¹³ Pero... ¡*non liquet!*, como diría Freud.

II.8. La eficacia traumática de la escena del primer tiempo

A diferencia de la segunda escena (tiempo 2), pasible de consistir en un episodio o detalle banal y carente de contenido sexual, la primera escena (tiempo 1) es siempre *sexual*. Su carácter traumático estaría dado en primer término por la activación de mociones pulsionales ante, por ejemplo, una influencia externa, en función de la posición libidinal imperante cuando acontece la escena de contenido sexual. Sirva de nuevo como ilustración la del *hombre de los lobos*: Freud, como sabemos, contempla la posibilidad de que al presenciar la escena primaria el pequeño Sergei haya experimentado una excitación anal y en relación con ésta se haya también defecado. En esos momentos se daría algo del orden de lo traumático en relación con la magnitud de una excitación que no puede ser adecuadamente tramitada.

La alternativa de que el primer episodio posea para el sujeto tanto un significado (sexual) como un cierto efecto traumático en el instante de producirse, surge, pues, espontánea e inmediatamente de tener presente que dicho episodio no es presexual. Seguir soslayando este detalle elemental, como hacen algunos (al menos es la impresión que pueden dar), equivale a quedarnos detenidos en 1895. Pero hete aquí que mi razonamiento no excluye para nada el hecho — descripción freudiana clásica que no tiene por qué verse perturbada— de que además, en el segundo tiempo del proceso, el *recuerdo* de la escena traumatizante ejerza *también* un efecto traumático sobre el sujeto, porque en esas circunstancias un nuevo acontecimiento conduce a una *resignificación* de ese recuerdo desde el Edipo y la castración y activa además esas mismas representaciones, devenidas del primer tiempo del trauma, provocando de este modo un mayor aflujo de la excitación sexual interna en la zona erógena correspondiente a la organización genital infantil. Dicha zona se hallaba antes poco o nada investida libidinalmente en ocasión del primer episodio, sucedido, en el caso de Sergei, durante el estadio preedípico-pregenital. En palabras de Freud (es cierto que anteriores a su descubrimiento de la sexualidad infantil y por lo mismo, como recordamos páginas atrás, carentes de validez para Strachey):

[...] el recuerdo ejerce un efecto excitador incomparablemente mayor del que en su tiempo produjo la vivencia. (Freud, 1896a).

En una carta a Fliess del mismo año Freud había escrito:

El recuerdo se comporta en tal caso como actual. Y ello sólo es posible en sucesos sexuales, porque las magnitudes de excitación que ellos desprenden crecen por sí solas con el tiempo (con el desarrollo sexual). (Freud, 1896 c).

A estas alturas vale la pena reproducir el primero de los epígrafes que figuran en este capítulo, extraído del historial del *hombre de los lobos* (o sea, esta vez sí corresponde a una afirmación ulterior al descubrimiento de la sexualidad infantil):

La activación de la imagen, que ahora puede ser comprendida merced al mayor desarrollo intelectual, opera como un suceso fresco, pero también como un nuevo trauma, una intervención ajena análoga a la seducción. (Freud, 1918 [1914]).

Insistamos: el carácter traumático que puede revestir la primera escena en el instante de suceder, no se contrapone ni mucho menos eclipsa aquello que constituye la esencia del *après-coup*: la resignificación *a posteriori* y el efecto traumático del *recuerdo* de la escena primera, que opera a la manera de un *cuerpo extraño*, al decir de Freud (Breuer y Freud, 1893-1895. *Comunicación preliminar*). Se pasa así del *trauma externo* al *interno* y del presente al pasado, mecanismo que presentifica la escena inicial, habiéndose así producido una doble mutación: en el espacio y en el tiempo.

Asistimos además a lo propiamente económico y característico del trauma sexual: el «aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del yo» (Laplanche y Pontalis, 1968).

II.9. Represión y reorganización psíquica. La temporalidad en psicoanálisis

El mecanismo que estamos considerando implica a la vez la renovación de un trabajo de elaboración psíquica retroactiva del aparato, con reorganización de sus contenidos y la consecuente consolidación de su estructura.¹⁴ Esto atañe a la represión en tanto proceso universal, determinante del inconsciente reprimido.

Si, como sostuvo Freud (1914), la teoría de la represión es «el pilar fundamental» del edificio psicoanalítico, el *après-coup*, intrínseco al mecanismo de la represión, aunque sólo fuera por ello (en rigor, va mucho más allá) puede también ser considerado un concepto de importancia primordial dentro de la obra freudiana. Y dado que *après-coup* y represión se imbrican, lo concebimos como un fenómeno habitual en el funcionamiento psíquico, que a mi entender tendría, en la vida del sujeto, su punto de partida (significación/resignificación) en la represión que produce el sepultamiento del complejo de Edipo (Freud, 1924), con la amnesia infantil de las representaciones implicadas en el complejo. Correspondería, pues, al último período de la represión primaria, estableciendo una continuidad con la represión secundaria (*Verdrängung*) que se instalará para imperar desde ese momento en el psiquismo, influida por la participación del superyó y obrando sobre los retoños psíquicos de las representaciones primariamente reprimidas. La represión secundaria es conocida también como represión post-edípica, represión propiamente dicha (*eigentliche Verdrängung*. Freud, 1915; 1915a) post-represión o,

precisamente —y la denominación es sugerente— represión *a posteriori* o posterior (*Nachdrängen*). Por eso, cuando decimos que se produce una *resignificación a posteriori* es que, formando parte del conjunto de fenómenos, actúa simultáneamente la *represión a posteriori*.¹⁵

Sabemos que la represión es silenciosa, y que lo que podrá llamar nuestra atención será lo que sobrevenga como consecuencia del retorno de lo reprimido (Freud, 1915).

Reiteremos: no estamos hablando de otra cosa que de la forma en que funciona nuestro psiquismo en general, tanto patológica como normalmente, en lo que atañe a temporalidad (*après-coup*), represión, elaboración y reorganización.

Entonces, recordando a Ortega y Gasset, uno es «uno y su circunstancia», dicho aquí en el sentido de la dependencia del factor económico o cuantitativo que, junto al principio del placer, rige los procesos psíquicos. Por consiguiente, si consideramos un momento cualquiera de nuestra existencia, diversos estímulos procedentes del mundo exterior o bien endógenos podrán activar las huellas de nuestra memoria individual, suscitando este proceso de significación/resignificación de las mismas y de una continuada reorganización de los contenidos psíquicos, sometidos a la represión post-edípica, con un retorno de lo reprimido que se expresará ya sea dentro de la *psicopatología de la vida cotidiana* (actos fallidos, actos sintomáticos, sueños, etc.) o bien, decididamente, en el terreno de la psicopatología propiamente dicha (síntomas, liberación de afectos). La represión no actúa, como es sabido, de una vez y para siempre, debiendo, como dice Green («Tiempo y memoria». Green, 2000b), «[...] renovar periódicamente sus efectos. De allí las retranscripciones».

En lo que respecta a *la temporalidad* en psicoanálisis, se presentan dos concepciones diferentes: a) la *determinista* (determinismo lineal), concepción clásica dentro del movimiento psicoanalítico, centrada en la acción del pasado sobre el presente y el futuro (la infancia determinando el destino del adulto), y b) la del *après-coup*, denominada *hermenéutica* o retrospectiva, la cual resalta la incidencia de una actividad psíquica que, desde el presente, opera sobre el pasado —vale decir, sobre el aparato psíquico— interpretándolo (o re-interpretándolo) y produciendo de este modo cambios en el mismo (el adulto otorgando sentido a los acontecimientos de la infancia), los que a su vez habrán de repercutir sobre el presente y el futuro del sujeto.

Laplanche (1992), en un texto breve sobre el *après-coup* (en el que anunciaba que se hallaba trabajando en otro escrito acerca del tema, «más importante», según expresó textualmente¹⁶), nos dice incluso que, al indagar en las múltiples ocasiones en que Freud se refiere a esta cuestión a lo largo de su extensa obra, encuentra que su sentido dista de ser siempre el mismo, oscilando entre la concepción de un tiempo por el que desde el presente hay una acción *hacia atrás*, por así decir (lo que se corresponde con lo que esperamos, en tanto ello forma parte de la esencia misma de la retroacción), y lo que seguiría siendo la visión lineal y clásica.

Por más que Freud lanzara a este respecto el profético término «*après-coup*» (*Nachträglichkeit*), dicho término permanece interminablemente dividido entre dos interpretaciones aparentemente inconciliables: determinismo con efecto retardado del presente por el pasado, o bien, a la inversa, soberana atribución retroactiva de sentido, puesta en narración hermenéutica del pasado por el presente. (Laplanche, 1992).

Sostiene también Laplanche que Freud, ante la opción entre una y otra postura, escoge siempre la primera de las aquí citadas por el autor francés.

Es más, siempre dentro de la obra freudiana, cabe añadir que el término en cuestión es en ocasiones también empleado en un sentido meramente descriptivo. Vaya un ejemplo de ello:

La vida sexual incluye la función de la ganancia de placer a partir de zonas del cuerpo, función que es puesta con posterioridad {*nachträglich*} al servicio de la reproducción (Freud, 1940 [1938]).

Está claro que en esta cita la palabra *nachträglich* no guarda ninguna relación con el fenómeno que estamos investigando.

Todo esto nos desconcierta un poco, haciéndonos ver que el problema es más complejo de lo que parece, a la vez que nos invita a seguir relejendo a Freud, a investigar y a debatir en torno a este tema, acaso no suficientemente destacado ni esclarecido por el creador del psicoanálisis.

Es cierto que en la concepción de la temporalidad dos corrientes de pensamiento rigen la orientación teórica y clínica de los psicoanalistas. Hay quienes podrán verlas como antagónicas e inconciliables; yo me resisto a ello. De hecho, prefiero pensar en que la coexistencia de ambas concepciones es posible. Así como para comprender el funcionamiento psíquico resultan imprescindibles

ciertos modelos relacionados con la posición determinista (desarrollo psicosexual, fijación, regresión, compulsión de repetición, etc.), tampoco podemos ignorar la presencia de una *retroactividad* que permanentemente lleva a cabo una elaboración psíquica con efectos sobre el contenido mismo de la psique y su organización.

¿Es que no es dable pensar, con Freud, en una coexistencia funcional, en la que así como el pasado incide sobre —y determina en parte— nuestro presente y futuro (los sucesos de la infancia influyendo en el destino del adulto), los acontecimientos actuales incidan a su vez sobre las huellas de nuestra memoria inconsciente (el adulto dándole sentido a la infancia), provocando respuestas diversas como consecuencia del retorno de lo reprimido? ¿Y que, según las circunstancias, uno u otro modelo nos sirva para explicarnos los fenómenos psíquicos, sin que forzosamente una manera de entender la temporalidad tenga que dar por tierra con la otra, desde posiciones enfrentadas que empujan hacia una suerte de oposicionismo irreductible?¹⁷

Abogo, pues, por una compatibilidad y hasta una complementariedad conceptual, porque, coincidiendo con lo que señala Adissi (2006), es, —insisto— posible por una parte concebir un psiquismo en el que los hechos del pasado influyen sobre el presente y el futuro, si bien no se trata de cualquier hecho (ello está condicionado, añadiría yo, por ciertas circunstancias, entre las que figuran las que dan lugar a determinadas fijaciones y no a otras, por ejemplo), mientras que, por otra parte, entendemos que también el aparato psíquico obre desde el presente reinterpretando, resignificando y reorganizando aquellas mismas impresiones-inscripciones-fijaciones del pasado, a las que además el aparato es capaz de conferirle eficacia patógena. Y aquí agregaré algo más: la psique tampoco opera sobre cualquier recuerdo, sino en especial sobre aquellos necesitados de una comprensión y elaboración, que admiten la adquisición de una significación o de nuevas significaciones; y que la tal eficacia patógena afecta, por supuesto, tanto al presente como al futuro del sujeto.

Dice Adissi (2006a), esta vez para resaltar la importancia del *après-coup*:

Los sucesos pasados, al igual que las palabras, son siempre los mismos, pero no siempre dicen lo mismo porque son modificados por la significación que adquieren en función de la evolución psicofísica. Esta es una de las rupturas epistemológicas que el

creador del psicoanálisis produjo al abocarse a la comprensión de los efectos de la sexualidad en la naturaleza humana. En este sentido la historia del hombre no se construye por una sucesión cronológica de acontecimientos sino por la valoración significativa de ellos en función de *procesos regresivo-progresivos* [...]. (Las cursivas son mías).

Me parece sumamente acertada la referencia a *procesos regresivo-progresivos*, que acaso sintetice el devenir de estos movimientos inconscientes en el psiquismo humano.

De tales movimientos en uno y otro sentido nos habla también A. Green en dos obras sustanciales y con la prosa brillante a la que nos tiene acostumbrados. Ellas son: *El tiempo fragmentado* (Green, 2000) y *La diacronía en psicoanálisis* (Green, 2000b), de las cuales la segunda es considerada una continuación de la primera. Por lo tanto prefiero no extenderme mucho más en este aspecto de la cuestión, invitando al lector interesado a acudir a los textos de Green, así como a los correspondientes de Laplanche que hemos venido citando.¹⁸

Pero, antes de pasar a otro punto, continuemos todavía un poco más dentro de la cuestión de la temporalidad. Preguntémonos, pues, ¿la complementariedad conceptual no estaría implícita en los mismos mecanismos psíquicos que estamos investigando?

Hemos de suponer al menos un par de procesos psíquicos, que pasaré a describir a manera de ejemplo:

— Proceso 1: Hay un nuevo sentido otorgado *desde el presente a una experiencia del pasado*, o sea que desde el presente se está modificando el pasado —en rigor, claro está, estamos hablando de huellas de ese pasado (su recuerdo, las representaciones), ahora dotadas de eficacia psíquica—, pero el paso siguiente consiste en que *desde esa memoria inconsciente, ese pasado, presentificado en virtud de la atemporalidad del inconsciente, opera sobre el presente e incide en alguna medida sobre el futuro*.

O bien al revés:

— Proceso 2: Un complejo representacional originado en la infancia del sujeto (inherente al complejo de Edipo, complejo nuclear de las neurosis) es en un momento dado activado (investido) por un estímulo de origen endógeno, por ejemplo, transmitiendo a continuación parte de

la carga inconsciente de estas representaciones a otras representaciones que, una vez sobreinvertidas y como retoños de lo primariamente reprimido trasponen la primera censura y llegan al preconsciente y a la conciencia, esto es, haciéndose conscientes y permitiendo cierto acceso a la motilidad. En ese presente, un determinado incidente — generado o no por el sujeto — que se conecte asociativamente con representaciones reprimidas (supongamos, por ejemplo, un suceso de la realidad externa que desde la percepción atraviesa el sistema pcc-cc hasta llegar a las huellas de la memoria inconsciente), podrá también reactivar y aún resignificar *a posteriori* al mismo complejo representacional del inicio de este proceso psíquico. Ello convocará nuevamente a la represión *a posteriori* para contrarrestar la amenaza de irrupción en la conciencia de las representaciones en cuestión, ahora sobreinvertidas, represión que no logrará empero evitar alguna manifestación del retorno de lo reprimido.

No podemos ignorar que Freud remarca en distintas ocasiones esta doble dirección de los procesos psíquicos. Así, en *Lo inconsciente*, dirá:

[...] en sentido muy general, nuestra actividad anímica se mueve siguiendo dos circuitos contrapuestos: o bien avanza desde las pulsiones, a través del sistema *Icc*, hasta el trabajo del pensamiento consciente, o bien una incitación de afuera le hace atravesar el sistema de la *Cc* y del *Prcc* hasta alcanzar las investiduras *icc* del yo y de los objetos.

Ya en su libro de los sueños (1900, volumen V), el fundador del psicoanálisis había descrito magistralmente tanto los movimientos *proredientes* como los *regredientes* que formarían parte de un mismo proceso psíquico: el trabajo del sueño.

II.10. Estatus tópico de las inscripciones.

Recuerdos en el *limbo* y recuerdos inconscientes

Retomemos una de las descripciones más frecuentadas del mecanismo retroactivo. De acuerdo con la hipótesis freudiana enunciada más tempranamente (Freud, 1895), el que aquí llamamos primer tiempo del trauma sexual temprano correspondería a una escena de naturaleza sexual,

cuyo *recuerdo*, nos decía Freud, es traumático (Freud, 1896a; 1896b; Freud, en colaboración con Breuer, 1893-1895), no así el acontecimiento en sí mismo, que el creador del psicoanálisis consideraba por entonces presexual para el niño y por tanto, además, carente de significación. Ya hemos visto que hoy no podemos concebir lo mencionado en último término exactamente de este modo. Ahora bien, llegados a este punto hemos de hacer una reflexión: lo que ahora nos interesa es que cuando Freud hablaba de *recuerdo* en este contexto, de sobra sabemos que no aludía a un recordar consciente. El creador del psicoanálisis expresó con meridiana claridad en más de una ocasión que lo que se reaviva en este caso es el *recuerdo inconsciente* (Freud, 1896b). Esta es la denominación que empleaba, la que supone una *activación* inconsciente de una primera escena, potencialmente traumática. Así parece confirmarlo, mucho después, cuando en el historial del «Hombre de los lobos», escribe acerca de la — posible — observación por parte del pequeño Sergei de la escena primordial:

[...] la *activación* de esa escena (adrede evito el término «*recuerdo*») tiene el mismo efecto que si ella fuera una vivencia reciente.» (Las cursivas son mías).

También en otros pasajes de ese mismo artículo podremos observar que Freud ha empezado a adoptar expresiones provenientes de los términos *activación* o *reactivación* para describir el proceso, como por ejemplo:

Mediante una incitación casual se *activa* una antigua vivencia [...];
[...] la escena primordial *reactivada* (Las cursivas son mías).

Pero volvamos a hacer referencia al *recuerdo*. Al mencionarse que es el *recuerdo* de la escena el que le otorga efecto traumático, el término es asimismo utilizado de igual modo que cuando el creador del psicoanálisis decía que «[...] *el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias*» (Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria. Comunicación preliminar*. Cursivas de Freud), o que: «*Los síntomas histéricos son retoños de unos recuerdos de eficiencia inconsciente*» (Freud, 1896b. Cursivas de Freud). Hay algo del pasado, ahora sobreinvertido, que, formando parte del almacén de la memoria inconsciente, se repite y opera sobre el presente. Su repetición será equivalente al recuerdo en el sentido usual de la palabra (el cual, obviamente, alude a un recordar

consciente); constituirá una manera especial de recordar, al decir de Freud (1914a), pero viene a ser lo contrario de una rememoración, de ahí el famoso título del artículo freudiano: «Recordar, repetir y reelaborar», en el que recordar y repetir son en parte expuestos como alternativas opuestas.

Ahora bien, si hablamos de un recuerdo inconsciente, reprimido, ¿cuándo fue que se produjo la represión de este recuerdo, que es, reiteremos, el de la escena del primer tiempo?

Recuerdos en el *limbo*

En algunas de las primeras publicaciones en que Freud trata el tema, la tal escena, *antes del segundo tiempo* (que será cuando una experiencia actual, que en el sujeto se conecte asociativa e inconscientemente con dicha escena, le otorgue significado y le confiera *retroactivamente* un efecto traumático), según da a entender Freud, no está propiamente reprimida, sino que se halla, diríamos, como flotando o suspendida en la mente, borrosa. De ese recuerdo que provocará síntomas histéricos, decía Freud en su *Comunicación preliminar*:

[...] *estas vivencias están completamente ausentes de la memoria de los enfermos en su estado psíquico habitual* [vale decir, no encontrándose bajo hipnosis], *o están ahí presentes sólo de una manera en extremo sumaria*. (Freud. En Breuer y Freud, 1893-1895. Cursivas de Freud. Lo escrito entre corchetes me pertenece).

Hemos citado antes la frase de Laplanche (1969-1970a) en la que este exégeta de la obra freudiana comienza diciendo que los acontecimientos en cuestión «[...] pueden inscribirse de manera relativamente difusa *en alguna parte*» (Las cursivas son mías). En el mismo artículo, poco más adelante y entrando más en materia, desde su relectura del texto freudiano el autor subrayará que el recuerdo (representación) podrá permanecer en un principio en un estado tal que no es factible decir que sea propiamente consciente ni tampoco inconsciente. No estaría reprimido, aunque sí relativamente aislado de la conciencia, esto es, apartado del comercio asociativo. Así, hallamos que en el historial de Katharina, al referirse a las escenas traumáticas que habrán de ser significadas con *posterioridad*, Freud había escrito:

[...] se creó un contenido de conciencia que, excluido de la actividad pensante del yo, permaneció guardado (Breuer y Freud, 1893-1895).

De esta frase se puede, pues, partir para estas reflexiones. En otro lugar Laplanche añade que el recuerdo se hallaría como suspendido en un «limbo»... aunque por fin llegará a precisar: «en un rincón del preconsciente» (Laplanche, 1970). A renglón seguido vincula el hecho con lo que Freud llamaba por entonces «grupo psíquico separado». Pero esta denominación sugiere también, inequívocamente, apostillaría yo, *lo reprimido, lo inconsciente, el inconsciente reprimido*. De modo que podría tratarse de algo que, desde el preconsciente, tanto puede acceder a la conciencia como estar en camino de ser reprimido, y que recién en el momento en que es activado y adquiere significación sexual y cualidad traumática es cuando este recuerdo sería verdaderamente reprimido. Entonces sí se convertiría en un *recuerdo inconsciente* (representación reprimida).

Es un modo de entender la cuestión. Por ende, el primer *estatus tóxico* del recuerdo del episodio podría ser tal que su eventual acceso a la conciencia no estuviera totalmente impedido. Lo reitero: en lo que atañe a esta descripción inaugural que realiza Freud (que clásicamente sigue siendo reproducida en la descripción del *après-coup* por no pocos autores), al principio la escena del tiempo 1 del trauma no se hallaría propiamente reprimida. Por tanto, existe la posibilidad de que sea espontáneamente *recordada*, aunque sólo lo fuera de forma vaga o como al pasar (si bien, como hemos mencionado, suele permanecer fuera del comercio asociativo). Esto último, en suma y a mi criterio, implica sobre todo la existencia de recuerdos almacenados en el preconsciente, correspondientes a representaciones-cosa ligadas a representaciones-palabra y que forman parte de la *memoria* en el sentido corriente de este término (Memoria consciente. Freud, 1915a).

Recuerdos conscientes

Lo que es aún más previsible es que la escena sexual en cuestión pueda ser *recordada* en virtud de una conexión asociativa promovida por la labor terapéutica, sea dentro de una psicoterapia (si nos remontáramos a los comienzos freudianos hablaríamos de la *psicoterapia de la histeria*, tal como fuera concebida por Freud en 1895)¹⁹, o dentro de, por ejemplo, un tratamiento psicoanalítico en nuestro tiempo. Y esta vez, cuando digo *recordada*, empleo la palabra en su acepción habitual, en el sentido de traer algo a la memoria consciente. Durante el proceso analítico cabe la

posibilidad de que el analizando tenga la oportunidad de que la primera escena pueda en un momento dado ser no sólo asociada con un hecho actual, sino también, labor analítica mediante, *conscientemente comprendida* en cuanto a sus significados y efectos.

Un ejemplo de ello lo tenemos en Emma rememorando, *concientizando* podríamos también decir, merced a la interacción psicoterapéutica con Freud, el episodio de su infancia con el pastelero (primer tiempo del trauma), en el que éste le tocó los genitales por sobre su vestido, rememoración que se produce a punto de partida en su fobia a visitar tiendas y del recuerdo de la escena con los empleados que se reían. También es el caso de Katharina (Breuer y Freud, 1893-1895), en el que el relato de la escena sexual de su padre con su prima la lleva, en su diálogo con Freud, a conectar con la escena del primer tiempo, la del atentado sexual del que la hiciera objeto su progenitor y que puede entonces rememorar.

Si la rememoración sobrevenida en el seno del trabajo psicoanalítico es ulterior a la represión sufrida *après-coup* por la escena, represión producida tras la conexión asociativa de una representación actual y contingente con la representación de la escena, se habrá logrado — indiscutible formulación freudiana del objetivo del psicoanálisis tanto desde el punto de vista investigativo como terapéutico — *hacer consciente lo inconsciente*, venciendo la represión. Volveremos sobre este punto algunos renglones más abajo.

Recuerdos inconscientes

Pero, por otra parte, retomando el hilo acerca de cuál es el nivel tópico de la representación del hecho traumatizante, correspondiente al primer tiempo del trauma, y dentro de las distintas variantes que pueden considerarse en la dinámica psíquica, tampoco veo inconveniente alguno para suponer que en otras ocasiones el suceso se halle, *a priori* de que se produzca la acción retroactiva, enteramente reprimido. En otros escritos, igualmente tempranos en lo que concierne a su producción científica, como cuando se refiere a los *recuerdos inconscientes* (Freud, 1896b) y que venimos de mencionar, Freud parece arrancar a veces de una huella representacional previamente reprimida. (Cf. además Freud, 1896; 1898).

Dicho sea de paso, encuentro que aquí habría una cierta incongruencia en Freud con relación a esa primitiva etapa de su teorización, por cuanto él parecía entonces considerar reprimida una

representación que en realidad no tendría por qué haber sido objeto de la represión, dado, según su concepción de la época, el carácter presexual de la escena que habría originado tal representación, cuando él insistía en que lo que se reprimía era expresamente *lo sexual*.

Pero luego, con las nuevas teorizaciones a cargo del propio Freud, se hace posible aceptar que, por consiguiente, tal representación pueda hallarse previamente reprimida, y más precisamente (si se puede hablar de precisiones tratándose de cuestiones tan abstractas) lo estaría por acción y efecto de la *represión originaria*.

Analicemos entonces esta última alternativa, a la vez ya perteneciente a la época de reconocimiento de la existencia de la sexualidad infantil:

Con el caso del «Hombre de los lobos» se nos vuelve a presentar esta cuestión, dado que Freud sitúa en un plano enteramente inconsciente la imagen mnémica de la visión del coito parental en el paciente. Escribe Freud:

Lo que esa noche se activó del caos de *las huellas de impresiones inconscientes* fue la imagen de un coito entre los padres (Freud, 1918 [1914]). (Las cursivas son mías.)

En otro sitio, dentro del mismo historial, menciona Freud la posibilidad de

[...] que un niño a la tierna edad de 1 ½ año sea capaz de recoger la percepción de un proceso tan complicado y conservarlo de manera tan fiel *en su inconsciente*. (Las cursivas son mías).

Claro está, en estos primeros estadios del desarrollo las impresiones en el niño *caerían* — si se me permite la expresión — en un terreno ambiguo de su incipiente psiquismo, que para Laplanche (1981a; 1984) no es definidamente ni inconsciente ni preconscious. El gran maestro francés se refiere a un estado anterior a la diferenciación del inconsciente y el sistema preconscious-consciente, «sin estatuto tópico preciso»:

[...] un estado sin inconsciente, que no sería en sí mismo puramente mítico. Estado sin inconsciente del cual una parte de la primera infancia podría dar alguna referencia. Estado sin inconsciente, ¿quiere esto decir estado puramente consciente? Sería tal vez hablar de una suerte de presencia en el mundo, sin profundidad. (Laplanche, 1981a).

En este aparato psíquico en ciernes, las impresiones o representaciones (trátase de las que

proviene de la observación del coito parental por parte del pequeño Sergei), que en un principio estarían en el «limbo», como le llama Laplanche (1981a), se traducirían *ipso facto* en un segundo tiempo²⁰ y por su carácter traumático (“transformadas en fuentes internas y autónomas de excitación”, dirá) en inscripciones-fijaciones que deben ser reprimidas, quedando entonces sumergidas bajo la represión originaria o primitiva que a la vez se va constituyendo, base, como hemos resaltado, de la ulterior instauración de la represión propiamente dicha (*a posteriori*; post-represión) y en la que habrá de operar la atracción de lo primariamente reprimido.

Así concebidas las cosas, tal como lo propone Laplanche (1981a), coincidirían trauma y represión originaria.²¹

Estas impresiones de naturaleza traumática de las que estamos hablando, producidas en estadios tempranos del psiquismo, se inscribirían como representaciones procedentes de los primeros significantes, los *significantes enigmáticos* que postula Laplanche (1981a; 1984), siendo, a continuación, objeto de la represión originaria. Al decir *significante* decimos, en parte, *representación*. Representación de cosa que *significa a*. (Laplanche, 1993). En conceptos del propio Laplanche, «la primera y más importante de estas representaciones, evidentemente, es el pecho» (Laplanche, 1981a), que equivale a decir: objeto-fuente de Laplanche, representación-cosa en Freud. Al respecto dirá Laplanche (1990 b):

[...] el pecho como mensaje, lugar privilegiado donde las significaciones sexuales impregnan el gesto autoconservativo, ya que precisamente en el gesto de dar el pecho, que es un gesto de autoconservación, pasan necesariamente las significaciones eróticas conscientes, preconscientes o inconscientes en la mujer.²²

Idénticos efectos asignará Laplanche a los cuidados maternos de higiene, que obedecen a dicha intención consciente, «pero donde las fantasías de deseo inconsciente [de la madre] funcionan a pleno» (Laplanche, 1984). (Lo escrito entre corchetes me pertenece.)

En síntesis, y apoyándonos en Laplanche (1984), a propósito de su teoría de *la seducción generalizada*, que él basa en el concepto de *enigma*: ésta sería una situación fundamental por la que existen mensajes pre- y paralingüísticos de los padres, surgidos desde el inconsciente parental y que se inscriben en el psiquismo del niño como significantes enigmáticos, plenos de significaciones

sexuales inconscientes, los cuales a su vez abren preguntas en éste, necesitados, por así decir, de obtener una traducción, esto es, *un sentido*. El niño, como lo recalca Laplanche, no posee aún los medios de integrarlos en un sistema significativo. He aquí la razón del *après-coup*.

El resultado no es otro que el de unas *representaciones reprimidas y traumatizantes*, esto último en razón, según Laplanche, de su propia condición de enigmáticas. (Representaciones, reitero, que son asimismo excitantes; en opinión de Laplanche, verdaderas fuentes de las pulsiones).

Lo que vengo describiendo responde a mi lectura personal de varios escritos de Laplanche en los que éste expone sus hipótesis acerca de los significantes enigmáticos y la represión originaria. No obstante, debo decir que algunos pasajes de textos del autor en el que se refiere al «traumatismo en dos tiempos» (*après-coup*), partiendo de tempranos escritos freudianos, el francés parece en cambio querer denotar que la represión del significante enigmático del primer tiempo del trauma sobreviene *recién en el segundo tiempo*, «[...] cuando el sujeto ha llegado a otro modo de comprensión», dado que, siguiendo a Freud, se trataría de algo que antes «[...] no sería aún del inconsciente» (Laplanche, 1981).

Por otra parte y de acuerdo con Freud: con cada cambio de predominio de zona erógena durante el desarrollo psicosexual infantil se produciría un cierto grado de represión (primaria) de aquella zona que es relevada, represión de las pulsiones de cada etapa libidinal que puede considerarse inherente a la evolución.

Retornando ahora a Sergei: con el advenimiento de la fase fálico-uretral, éste podría entonces haber experimentado una represión de representaciones ligadas al erotismo anal, en especial de aquellas vinculadas con la mentada visión del coito parental, cuyo carácter traumático *per se* constituiría un motivo añadido para la represión (con la contrainvestidura como único mecanismo, tratándose de la represión primaria) de sus huellas representacionales y subsiguiente fijación a las mismas.²³

En consecuencia...

Hemos de deducir que las representaciones generadas en relación con el primer episodio traumático o traumatizante pueden inicialmente poseer la cualidad psíquica de preconsciente-conscientes o aun inconscientes (reprimidas), sin que

ello afecte la puesta en marcha del proceso retroactivo. Pero, eso sí, al producirse el enlace asociativo con nuevas representaciones que las resignifican, la represión (*a posteriori*), inherente al proceso, opera desalojando del nivel preconsciente, si es que eventualmente se hallaban en éste, a las representaciones de la escena primera, al despojarlas de su investidura preconsciente (Freud, 1915a). En tales circunstancias y en el instante mismo en que ocurre el fenómeno de *nachträglichkeit*, cabe esperar que el sujeto no recuerde, que no entre en su encadenamiento asociativo consciente el episodio primero (al debilitarse su representación), sobre todo en su relación con lo actual, con lo que le está sucediendo (en Emma, en esos momentos, la escena con el pastelero será reprimida; otro tanto sucederá con Katharina y la escena de seducción por parte del padre, que en el historial figura como su tío). Ello, en mi criterio, constituye una pieza esencial dentro de la *teoría de la retroactividad* y es, sin duda, una condición para la formación del síntoma neurótico, como ya lo afirmara Freud muy tempranamente (Freud, 1896b): nos encontramos con *recuerdos inconscientes*, que son los que provocan los síntomas, y nuestra misión será volverlos conscientes.

Vaya paradoja entonces: cuando mencionamos que es *el recuerdo* del primer episodio lo traumático, en realidad no hay en ese segundo tiempo rememoración alguna sino olvido, es decir *represión* (recuerdo *inconsciente*, aquí *activado*, con retorno de lo reprimido). El recuerdo se mantiene «fresco», como decía Freud (Breuer y Freud, 1893-1895. *Comunicación preliminar*), y dotado de una potencial eficacia patógena.

Pero, como vimos, el episodio²⁴ podrá a veces ser rememorado. Me refiero nuevamente a una rememoración que acontece después de producida la represión *a posteriori*, la que lo había aislado del comercio asociativo y en particular de los síntomas (persistentes como símbolos mnémicos de la primera escena) y del hecho o producción psíquica contingente que integra el segundo tiempo del trauma. Y si entonces llega a conocimiento del analista en calidad de recuerdo traumatizante que ha sido rescatado de la represión en la situación analítica, constituye sin duda un dato valorable, de cara a las manifestaciones psicopatológicas desencadenadas en relación con tal recuerdo, expresión clínica del fenómeno retroactivo. Otras veces y por el contrario, el analizando no podrá recordar el suceso, por demasiado temprano (como en el caso de la supuesta visión de la escena primordial a cargo de Sergei), aunque en ese caso

existe la posibilidad de que este último sea objeto de una *construcción* (Freud, 1918 [1914]; 1937) por parte del analista.

II.11. Resignificación y represión

Volvamos una vez más a la descripción freudiana inicial: entendemos que la representación concerniente a la primera escena será —si antes no lo estaba ya— indefectiblemente reprimida cuando es *despertada*, esto es, *activada* por un suceso actual. Pero, insistamos con una pregunta retórica: ¿por qué es reprimida en *ese* momento? Pues, porque es entonces cuando experimenta una *significación* o una *resignificación*, entrando por ello en escena —en la escena de seducción traumatizante, convocada asociativa e inconscientemente— los deseos edípicos y la ley de prohibición del incesto y, por ende, la amenaza de castigo por los deseos edípicos, tanto en el varón (castración) como en la mujer (pérdida del objeto o del amor del objeto); en el caso del varón, la amenaza de castración interviene también como premisa cuando lo que prevalece son los deseos sexuales pasivos hacia la figura paterna, como sucedería precisamente con el «Hombre de los lobos», de acuerdo con lo descrito por Freud en su artículo de 1918²⁵ y muy especialmente en *Inhibición, síntoma y angustia*, a propósito del mismo caso clínico. En este último texto, la angustia de castración se erige decisivamente en el varón como motor de la represión de los deseos edípicos.

Dejemos ahora al *hombre de los lobos* y pensemos en cualquier adulto neurótico. La angustia de castración fuerza al yo inconsciente a la inmediata represión de una representación (de la escena de seducción traumatizante, por ejemplo) que ahora, activada, ha generado un aumento de la excitación endógena y que habría sido sobreinvertida por una carga psíquica tal (proveniente de su conexión asociativa inconsciente con una representación surgida en el momento actual) que amenazaría con aflorar a la superficie psíquica consciente con su significado edípico, aproximándose así más a la posibilidad de realización de los deseos prohibidos (acción específica), y siendo por tanto capaz de desencadenar angustia. Ésta, de angustia señal, en condiciones de poner en marcha la represión y otros mecanismos defensivos, podrá también derivar en angustia automática (Freud, 1926 [1925]), propia de lo traumático. La represión de los deseos sexuales, intensificados por la excitación endógena, es,

digámoslo nuevamente, una característica del trauma sexual en su expresión económica, punto de vista este último que sigue siendo fundamental para comprender la esencia de lo traumático.²⁶

Desde luego, más allá de una escena sexual traumática, se reprimen una serie de componentes de lo que en esencia son el complejo de Edipo y el complejo de castración, verdaderos complejos nucleares de las neurosis.

A cambio, lo reprimido podrá dar muestras de su retorno por medio de diversas producciones del inconsciente; particulares formas de *recordar* (Freud, 1914a), regidas por el principio del placer y constituidas por diversas formaciones de compromiso que han sido promovidas por los deseos prohibidos: actos fallidos, sueños, fantasías, síntomas diversos, transferencias; conductas sintomáticas, del tipo de una respuesta brusca e inexplicable de rechazo a algo o alguien, inhibiciones, a *prima facie* igualmente inexplicables, etcétera.

No deja de ser notable, aún para un psicoanalista —mientras pueda mantener su capacidad de asombro—, que todo esto suceda básicamente en un nivel inconsciente y de manera automática; que la *resignificación*, esa «comprensión» a la que se refiere Freud (1918 [1914]), sea asimismo inconsciente, formando parte esencial de estos procesos profundos; complicadas operaciones, de «eficiencia inconsciente» (Freud, 1896b), que no obstante dan indicios clínicos de su existencia, a partir de los cuales podemos colegirlas, basándonos en hipótesis explicativas cuya validez perdura y que incluso se han ido consolidando a través del tiempo.

II.12. El papel resignificador y estructurante del complejo de edipo y el complejo de castración

A todo esto se ha puesto de relieve qué queremos decir cuando hablamos de una *resignificación a posteriori* partiendo de una visión teórica actualizada: el acontecimiento sexual precoz es comprendido desde la situación edípica y la amenaza de castración (y sus equivalentes en la mujer), lo que desencadena los distintos fenómenos psíquicos que venimos describiendo. La *elaboración retroactiva* se produce expresamente desde el complejo de Edipo y el de castración, lo que, una vez más, nos conduce a valorar el efecto estructurante de ambos complejos. Tal elaboración tiene lugar gracias a una mayor maduración psicosexual de la persona —que cursa con la

adquisición de nuevas representaciones sexuales — y de situaciones actuales propiciatorias.

El reconocimiento de una actividad de reorganización del psiquismo a partir del poder estructurante del Edipo y la castración (poder que en los orígenes de la vida psíquica del sujeto remitiría a las fantasías originarias en su condición de matrices de la creación fantasmática y en tanto huellas mnémicas hereditarias)²⁷, es otra de las razones que justifica a mi parecer con creces el conservar la noción de *a posteriori* dentro del cuerpo teórico psicoanalítico.

En lo que atañe especialmente al complejo de castración, no cabe duda de que dentro de la teoría freudiana éste alcanza una importancia decisiva y una validez universal. Tiene razón Etchegoyen (1994) cuando señala que desde el historial de Juanito (Freud, 1909) en adelante el tema se instala definitivamente en la obra de Freud, tal como lo atestigua *Análisis terminable e interminable*, cerca del final de su vida, artículo en el que su autor adjudica al complejo de castración un lugar central en la problemática de cada sujeto. Yo agregaría que un artículo insoslayable al respecto es también el citado algunos renglones atrás, *Inhibición, síntoma y angustia*, por cuanto allí el creador del psicoanálisis define con claridad que el motivo de la represión (secundaria) es la angustia de castración.

Asimismo, el papel *resignificante* de la amenaza de castración aparece precisamente en el historial de Juanito. Refiriéndose al pequeño y a «sus ilaciones inconscientes de pensamiento» dice Freud:

Él estaba realmente bajo la impresión, de efecto retardado (*nachträglich*), de la amenaza de castración de la madre, ocurrida 1 1/4 año antes²⁸ (Freud, 1909).

En el historial del «Hombre de los lobos» puede leerse:

Mediante una incitación casual se activa una antigua vivencia, la escena con Grusha, cuya amenaza de castración produce un efecto retardado (*nachträglich*), aunque en su momento no había causado ninguna impresión.

Otro tanto se aprecia en el siguiente pasaje de «El sepultamiento del complejo de Edipo», pasaje no en vano incluido por Freud en ese artículo, dado que es justamente la amenaza de castración, al volverse eficaz, la que, en lo que al varón se refiere, conduce al citado sepultamiento:

Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niña, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad (*nachträglich*).

II.13. El segundo tiempo: de lo trivial al episodio de contenido sexual y efecto traumático. Las series complementarias

Más cosas, ahora con especial referencia al tiempo 2 del trauma. Desde un principio, Freud se ocupó de señalar que la escena o el detalle que lo conforman consiste en «vivencias» que «son *muy heterogéneas y de valor dispar*» (cursivas de Freud) y que «[...] tanto son graves como banales» (Freud, 1896b). Poco antes, en *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, había expresado que estas escenas, que tienen la facultad de despertar la escena sexual traumatizante, pueden «[...] variar en *intensidad y naturaleza*» (las cursivas son mías), para continuar de inmediato enunciando, entre las posibilidades, experiencias sexuales de diverso calibre:

[...] desde un avasallamiento sexual efectivo hasta unos meros acercamientos sexuales, y hasta la percepción sensorial de actos sexuales en terceros [esto último podría ser una alusión al caso Katharina] o el recibir comunicaciones sobre procesos genésicos. (Freud, 1896 a). (Lo escrito entre corchetes me pertenece.)

No obstante, la versión más difundida del *après-coup* y reproducida hasta la saciedad, especialmente en los corrillos psicoanalíticos, suele culminar su descripción limitándose a sólo una de las posibilidades: la del detalle nimio, el hecho contingente e intrascendente, sin contenido sexual aparente (Freud, 1896a), que pondrá en marcha el fenómeno retroactivo, con lo que se dejan de lado otras alternativas. Esto se exterioriza en escritos de distintos autores o, lo que es más corriente, en la transmisión oral, en los ámbitos formativos del psicoanálisis.

Me temo que por este camino el psicoanálisis tiende a volverse dogmático y esquemático. He aquí una lectura de Freud hecha de subrayados de unos conceptos y borraduras de otros; lectura parcial, en la que sólo figura la referencia a lo superfluo del elemento del tiempo segundo. Ello deriva en un enunciado que, si bien es atractivo, al reducirse a

esta sola alternativa resulta algo efectista. Un hecho que no deja de ser llamativo; me pregunto cuáles podrían ser los motivos para que ello ocurra.

Conviene empezar por reconocer que lo que atañe a la escena o el detalle indiferentes y anodinos y que no es forzoso sean de naturaleza sexual (Freud, 1906 [1905]), además de constituir algo habitual y característico del *nachträglichkeit*, es de por sí un fenómeno sumamente interesante; puede llamar fuertemente la atención, sobre todo del lector novel de psicoanálisis, provocando tanto su curiosidad y —hasta fascinación— como su incredulidad. No es para menos, puesto que revela aspectos de la actividad inconsciente que, como tal, se presenta como espontánea, involuntaria e indetenible. Tal vez todo esto nos siga deslumbrando también a algunos de nosotros, aun a los veteranos en estas cuestiones que, encandilados con la idea de aquello trivial que desata una tormenta, tendemos imperceptiblemente en nuestras teorizaciones a desentendernos del hecho de que a veces el incidente disparador pueda consistir también, por ejemplo y por el contrario, en algo *grave*.

Además, acordamos que el detalle trivial:

- Se explique con facilidad por una conexión con la escena primera, de acuerdo con las leyes de la asociación (cf. el caso de Emma);
- Sea un hecho con frecuencia factible de descubrir desde la observación clínica (justamente como lo sucedió a Freud con Emma).

Y, lo que me parece más importante:

- que por lo fútil y fortuito sirva para poner más en evidencia y por contraste la fijación al trauma sexual infantil del tiempo 1, la importancia de la verdad histórica inconsciente del sujeto y las fantasías que preceden al suceso desencadenante del proceso traumático; vale decir, y en suma, permita destacar la relevancia del conflicto, de los componentes de todo un complejo psíquico en la etiología de las neurosis, con representaciones inconciliables y procesos de defensa (Freud, 1896b), complejo que, sin duda, estaría llamado a encarnar, desde poco tiempo después de aquellos primeros descubrimientos freudianos hasta nuestros días, los fundamentos mismos de la teoría psicoanalítica: sexualidad infantil, fijación, represión, neurosis infantil, Edipo y castración.

Con relación a lo señalado en c) diremos que en la configuración de una tal definición simplificada y

estereotipada del *après-coup* y en el hecho de que algunos hayan permanecido encallados en ella, es probable que haya influido la opinión del propio Freud, al aludir inicialmente a acontecimientos del tiempo 2 como «momento auxiliar» o escena «auxiliar» (Breuer y Freud, 1893-1895); también como «causas concurrentes» o «agentes accesorios», cuya importancia sólo radica en «[...] su facultad para despertar la huella psíquica inconsciente del acontecimiento infantil» (Freud, 1896). Dentro de este contexto, es ostensible que a Freud lo que más le importaba, sobre todo en aquellos primeros tiempos, era poner en claro que una neurosis (hablamos de las psiconeurosis, desde luego, y no de las neurosis actuales) o que un síntoma histérico «[...] sólo puede nacer con la cooperación de recuerdos [...]», los cuales corresponden inequívocamente a «[...] vivencias infantiles de contenido sexual [...]» (Freud, 1896b) Cursivas de Freud). Por lo tanto, el creador del psicoanálisis quizá contribuiría involuntariamente a que se produjera un cierto malentendido, al querer resaltar lo sexual e infantil en la psicogénesis de las neurosis, «el suceso de genuina eficacia», como le llamó por ejemplo en la *Comunicación preliminar* (Breuer y Freud, 1893-1895). Ello tal vez hizo que se minimizara la dimensión que puede a veces tomar la segunda escena, que aparecería entonces sólo como *auxiliar*.

El contraste entre lo reciente y lo anterior e infantil volverá a ser remarcado por Freud en numerosas oportunidades. Por ejemplo en la primera edición de *Tres ensayos*, cuando en el *Resumen* comenta «el mayor peso que tienen en la vida anímica las huellas mnémicas en comparación con las impresiones recientes».

Considero que, a fuerza de repetir el aserto (que el incidente que dispara el mecanismo es banal y/o carente de contenido sexual) corremos el riesgo de que éste actúe sobre nosotros a la manera de un axioma y pasemos por alto que lo que conecte con la primera escena pueda también consistir en una segunda escena de por sí significativa y/o traumática. Y ello pese a que Freud, como ya recordamos algunas páginas atrás, mencionó también esta última posibilidad. Revisemos sucintamente qué nos decía en otros pasajes de su obra:

En algunos casos, ciertamente, son unas vivencias que es preciso reconocer como *traumas graves*: un intento de forzamiento que a la muchacha no madura le revela de un golpe toda la brutalidad del placer sexual; haber sido involuntario testigo de actos sexuales entre los progenitores [...] (Freud, 1896b). (Las cursivas son mías.)

Pero, además, el inventor del psicoanálisis había explicitado la cuestión con pelos y señales aún antes, en la *Epicrisis* del historial de Katharina, cuando, a propósito de lo que aquí denominamos el segundo tiempo del trauma, expresó:

Otra divergencia en el mecanismo psíquico de este caso reside en que la escena del descubrimiento, que hemos calificado de «auxiliar», merece al mismo tiempo el nombre de «traumática». Produce efectos por su propio contenido, no meramente por despertar vivencias traumáticas preexistentes; reúne los caracteres de un momento «auxiliar» y de uno «traumático». (Breuer y Freud, 1893-1895).

En Katharina, el incidente que activa la escena del tiempo 1 (la del atentado sexual del cual su padre la hiciera víctima), consiste nada menos que en la visión de una escena sexual entre su progenitor y una prima de ella. Katharina sorprende a aquél en una acción, de más está decir, sumamente traumática y dolorosa para ella, plena de alarmantes consecuencias: no se trata simplemente de una escena que confiere significado sexual *après-coup* a la escena del tiempo 1, en la que el padre intentó abusar sexualmente de ella y cuyo *recuerdo* (activación) vuelve además traumática a esa primera escena; por supuesto que no. Por empezar, no es un detalle trivial, sino un acto de clara naturaleza sexual y absolutamente pasible de ser comprendido como tal por Katharina en el instante de presenciárselo. Pero es que esta escena sexual en la que interviene su padre tampoco ha tenido lugar con cualquier mujer; se trata de alguien de la familia,²⁹ a la vez muy joven como lo era Katharina misma, todo lo cual, al verse tan facilitada la identificación con su prima, activaría en la muchacha sus propias fantasías incestuosas (todavía no advertidas por entonces por Freud) y —desde luego— el recuerdo del atentado de su progenitor, por ella padecido, cuyo carácter sexual en un principio Katharina no habría captado con claridad y que ahora sí comprendía; por otra parte, la escena protagonizada por su padre y su prima recrearía en la joven la escena primordial (coito parental), por sí misma traumática y que conlleva un igualmente doloroso sentimiento de exclusión. El episodio en cuestión responde a una nueva conducta aberrante de su padre que, podemos presumir, en otro nivel provocaría además en Katharina un sentimiento de profunda decepción y de pérdida de los aspectos positivos y rescatables de la figura paterna. Este sentimiento de pérdida se acrecentaría al tomar Katharina ulteriormente

partido por su madre en la separación de sus padres, separación suscitada por la conducta de su progenitor y la naturaleza execrable de sus actos, a lo que se agregará en la joven el sentimiento de culpa por haberle contado todo a su madre y precipitado así el divorcio.

En un momento dado del desarrollo de sus teorías acerca del trauma y dentro del esquema de *las series complementarias*, Freud (1917 [1916-17], Conf. 23) asignará a un acontecimiento traumático el lugar de *factor desencadenante* de la sintomatología neurótica. (También lo había anunciado poco antes en su obra, en una adición de 1915 a *Tres ensayos...*, refiriéndose a «vivencias traumáticas» que interactúan con la predisposición —disposición por fijación— en el sujeto, configurando así una segunda serie complementaria.). Laplanche y Pontalis (1968) destacan que en ese caso el suceso traumático se hallaría esta vez ubicado en el segundo tiempo del trauma; entonces —agreguemos nosotros, para intentar dejarlo aún más claro— no es solamente en el primer tiempo que se hallaría, tiempo en el cual estamos habituados a situar la escena traumática (o potencialmente traumática, con poder patógeno).³⁰ Ya en el pequeño historial de Katharina un hecho traumático (y sexual) se presenta además como factor desencadenante de los síntomas neuróticos: fue justamente a partir de presenciar la escena de su padre con su prima (?) que Katharina comenzó a padecer su neurosis, traducida en diversos síntomas, tales como angustia, opresión en los ojos y el pecho, temor a ser atacada por detrás y, sobre todo, la visión de un rostro aterrador³¹ (Breuer y Freud, 1893-1895).

Una adición más, no menos importante, por cierto, acerca de la cual el caso Katharina ofrece también una muestra: de acuerdo con D. Anzieu (1991), no debemos descuidar el componente de la libido narcisista en el episodio traumático, esto es, la herida narcisista que pueda producir en quien resulta ser víctima del trauma sexual (abuso sexual, violación).³² Renglones atrás hemos mencionado de qué manera el episodio traumático de abuso sexual de parte de su padre habría hecho mella en Katharina. Hoy verificamos en la clínica psicoanalítica que agresiones de este tipo producen cuadros por lo general mucho más graves que una histeria, mellando severamente la autoestima de la víctima, que se siente cosificada y avasallada, esto es, tratada como un mero objeto para la obtención de placer sexual por parte de su progenitor, que actúa sin miramiento ni respeto alguno por su ser.

III. Síntesis y algunas conclusiones provisionales

El *nachträglichkeit* se nos presenta como un punto de entrecruzamiento de las teorías psicoanalíticas.

Como hemos podido apreciar, la noción de *nachträglichkeit* no está exenta de un alto grado de complejidad y posee diversas implicaciones, articulando entre sí temas de gran importancia, tales como las teorías concernientes a:

- a) el trauma sexual y la seducción;
- b) el desarrollo sexual humano en dos tiempos, separados por el período de latencia;
- c) el recuerdo,
- d) la memoria,
- e) la represión,
- f) la organización del psiquismo,
- g) la etiopatogenia³³
- h) y —muy especialmente— la temporalidad en psicoanálisis.

El descubrimiento de la sexualidad infantil no anula la vigencia e interés del *après-coup*, pero reclama un ajuste en la comprensión de los hechos.

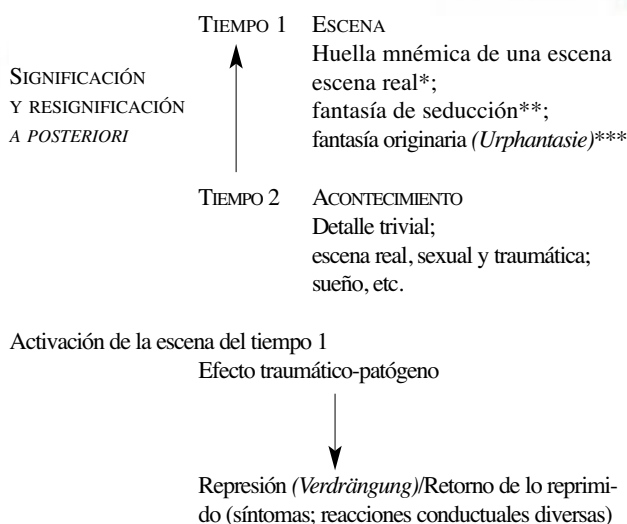
Algunos de los que citan a Freud, al aludir a los trabajos freudianos acerca del *nachträglichkeit* anteriores al descubrimiento de la sexualidad infantil, dan la impresión de conservar la idea —hoy inadmisibles— de los tiempos preanalíticos y del niño presexual, dejando de lado la significación sexual de las escenas del primer tiempo del trauma, en el caso de corresponder a escenas reales, significación que de este modo y por ende sólo podría ser obtenida *après-coup*. Anclados al parecer en descripciones tempranas del concepto en la obra freudiana, pueden asimismo dar a pensar que ni es traumática la primera escena como tampoco el acontecimiento que marca el segundo tiempo del fenómeno, y que sólo *el recuerdo* —adquisición de sentido y activación— de la primera escena posee un verdadero carácter traumático.

La actualización del tema implica entonces, entre otras cosas, reconocer el efecto traumático que de por sí puede tener la escena del primer tiempo, en el momento mismo en que acontece (trauma *sexual* precoz por pulsión sexual parcial insatisfecha), así como que el incidente disparador del *après-coup* pueda ser no sólo trivial y auxiliar, sino consistir igualmente también en un suceso de naturaleza sexual e incluso traumático.

Desde luego, continúa plenamente vigente la hipótesis de que al adquirir un nuevo sentido, *el recuerdo* (representación sexual reprimida) de la escena 1 cobra un —nuevo— efecto traumático. Se trata de fijaciones pregenitales resignificadas *après-coup*. (Resignificación fálico-edípica). Así, en el caso del *hombre de los lobos* puede colegirse del propio texto freudiano que el presunto acontecimiento de presenciar la escena primaria a los dieciocho meses habría sido traumático *en ese mismo momento* y tenido un *significado anal* (excitación anal). Con el sueño sobrevenido a sus cuatro años las huellas mnémicas de la escena, activadas, serán entonces *resignificadas* desde la organización genital infantil, vale decir, desde el complejo de Edipo y el complejo de castración. Freud nos proporciona elementos para pensar de este modo, aunque a veces se muestre impreciso en ciertos pasajes del mismo historial, lo que le hace decir a Etchegoyen (1994) que «la teoría del *après-coup* en Freud [...] oscila entre significación y resignificación».

El inventor del psicoanálisis mantuvo su hipótesis de la *retroactividad* aún después de postular la existencia de *la sexualidad infantil*, pero el concepto de aquélla tiene que ser diferente desde entonces: más que de *significación* considero que deberíamos hablar de *resignificación*, por cuanto en el primer tiempo entendemos que opera ya una pulsión sexual y parcial, el suceso es del orden de lo traumático, y ha generado una representación, poseedora de un cierto significado sexual, y una fijación. ¿Que ésta habrá de adquirir una nueva *significación sexual* y un nuevo efecto traumático? Sí, desde el complejo de Edipo y el complejo de castración. Pero, reiteremos, se trata entonces de una *resignificación* que actúa sobre una representación sexual; a menos que nos refiramos a huellas mnémicas muy arcaicas, originadas en los primeros meses de vida, propias de, por ejemplo, la fase oral, y que, habiendo alcanzado la condición de representaciones de cosa, almacenadas, y además de corresponder inicialmente a mensajes de amor, poseyeran una vaga significación del orden de lo sexual, tan vaga y enigmática (en el sentido de Laplanche), que el *après-coup* —podríamos acordar— operaría más tarde como una *significación casi inaugural*.

En los dos esquemas siguientes intento sintetizar parte de lo expuesto en este capítulo acerca del *après-coup*.



* Escena sexual y traumatizante. Preconsciente o inconsciente.

** Fantasía defensiva. Suele ser preconsciente.

*** Escenas originales (*Urszenen*): primaria, seducción, castración.

Inconscientes. Bajo la represión primaria u originaria (*Urverdrängung*).

Eduardo Braier

Salvador Espriu, 69-71, 6º 2ª

08005 Barcelona.

Tel. 93 221 30 94

eabraier@telefonica.net

Notas

1. Como adjetivo y como adverbio es *Nachträglich*.

2. Aquí seguiremos, como hace Laplanche, un orden inverso al que recurre Freud en su descripción de las escenas que integran este proceso. El creador del psicoanálisis parte de un incidente reciente del paciente, el que ha, por así decir, disparado el síntoma (escena 1 en Freud), mientras que la otra escena, anterior, será descubierta merced al trabajo analítico (escena 2 en Freud). Por su parte, Laplanche (1969-1970b; 1970), siguiendo el orden cronológico de los sucesos, califica como primera escena a la que posee potencialidad traumática y como segunda a la dada por la situación o detalle contingente que reaviva a la anterior.

3. Uno de los artículos en que años más tarde dedicará a explicar estos cambios en sus teorizaciones será «Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906 [1905]).

4. Aquí cabe reconocer diferencias en *el contenido y grado de pertinencia —por lo tanto de importancia— con relación a la conflictiva sexual*: acontecimientos de *contenido sexual* que operan con indudable efecto traumático, incluso, en el segundo tiempo del mecanismo, como factores desencadenantes de cuadros psicopatológicos; o, por el contrario, hechos meramente contingentes y triviales, pero que dan lugar al establecimiento de enlaces asociativos con representaciones activables y que desencadenan el efecto retroactivo en el sujeto.

5. Poco más adelante insistiremos sobre este punto.

6. La metapsicología del trauma alcanzará uno de sus puntos culminantes en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926 [1925]), obra en la que el inventor del psicoanálisis vinculará el trauma psíquico con la angustia. Es a partir de dicho texto que cabe hablar de *situación traumática*, término que alude al concepto de *trauma ampliado*, dotado ya de una mayor riqueza y complejidad teóricas. Dicha situación traumática «pone en juego tanto el mundo interno como el mundo externo, que activa toda una fantasmática, tanto en sus aspectos universales como en las formas que ha adoptado en la historia individual...» (M. Baranger, W. Baranger, J. Mom, 1987).

7. Desde luego, si teóricamente nos propusiéramos reconocer que en términos generales todo lo que guarde relación con la seducción en la existencia individual remitiera a la seducción universal señalada primero por Freud (1933 [1932]) y después por Laplanche (1984), éste último a través de su *teoría de la seducción generalizada*, habría siempre una raíz de la seducción en la experiencia *real* con el objeto materno.

8. Me refiero a aquellas referencias que son previas a la publicación de este historial, como las que figuran en los dos artículos sobre las psiconeurosis de defensa, en otros de la misma época, en los historiales clínicos de los *Estudios sobre la histeria*, así como, después de transcurrido un largo intervalo en la obra freudiana, las que hemos de encontrar en el historial del *hombre de las ratas*.

9. Laplanche, que fue analizado por Lacan, se ha convertido en uno de sus más importantes sucesores en lo que a revisión del concepto de *après-coup* se refiere, contribuyendo a la validación del mismo. Nos recuerda Laplanche (1999) que fue Lacan quien rescató esta noción, que solía pasar bastante desapercibida dentro de la obra freudiana y confundida con meras denominaciones, de un valor sólo descriptivo, pero que sólo se limitó a examinarla en el historial del «Hombre de los Lobos».

A las contribuciones de Laplanche hemos de sumar, entre otras, muy especialmente las de Green (a su vez también muy relacionado con Lacan), tal como se pone de manifiesto en la amplia bibliografía de ambos autores que cito en el presente trabajo.

10. El pequeño, que según Freud pudo haber presenciado un coito parental por vía anal, se habría defecado en esas circunstancias, lo que fue vinculado por Freud con la excitación anal.

11. He aquí otra noción teórica de fundamental importancia en la metapsicología del *après-coup*, la *teoría de la investidura*, de la que Freud nos habla ya desde los comienzos de su obra y que, por cierto, tenemos presente permanentemente toda vez que nos referimos a las representaciones. Muy temprano enunciaría Freud su conocida frase acerca de lo que después habrá de llamarse investidura, y que no es ocioso recordar en este contexto:

[...] algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos (Freud, 1894).

12. Según Laplanche (1990a; 1993), la indefinición proviene de haber el significante sufrido un cierto metabolismo por efecto de la represión, lo que en parte lo ha designificado.

Verificamos que en «Breve tratado del inconsciente», Laplanche (1993), en lo que atañe al nivel inconsciente, prefiere la denominación *significante-designificado* en lugar de la de significante enigmático, por cuanto sostiene que los mensajes enigmáticos experimentan en el inconsciente una rectificación.

13. Volveré sobre el tema de los significantes enigmáticos en el párrafo referido al estatus tópico de las inscripciones.

14. En su carta 52 a Fliess (Freud, 1896c) ya Freud mencionaba esta idea acerca de los movimientos de reorganización psíquica:

[...] de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción* (Umschrift). (Cursivas de Freud).

15. El término y el concepto de *represión secundaria* o *a posteriori*, que es aquella sobre la cual trabajamos en nuestra labor clínica con las psiconeurosis y cuyo levantamiento procuramos, queda entonces suficientemente claro; sabemos muy bien lo que se quiere decir toda vez que se hace mención a ella. No ocurre lo mismo cuando hablamos de *represión primaria*. Mientras para algunos —y de acuerdo con la misma denominación— ésta forma también parte de la represión de los primeros períodos del psiquismo, fundante del inconsciente, otros proponen establecer ciertas diferencias terminológicas y conceptuales (aunque antes de la represión postedípica los procesos represivos, tanto los más primitivos como los ulteriores, serían siempre producidos, de manera exclusiva, por un mismo mecanismo: el de las contrainvestaduras). Veamos: conforme a este segundo punto de vista, cabe distinguir como *represión primaria* a aquella que corresponde expresamente a la descrita por Freud antes de los trabajos sobre metapsicología de 1915 y que es a la que el inventor del psicoanálisis se refiere en sus historiales clínicos, represión que es responsable del naufragio del complejo de Edipo, vale decir, de los deseos incestuosos y agresivos con padres y hermanos; tal proceso conduce, por ende, a la amnesia infantil y la entrada en la latencia. Ahora bien, esta segunda corriente de autores distingue además dicha represión de la de los comienzos del psiquismo —que sigue siendo llamada primaria por el primer grupo de analistas— prefiriendo, acorde en parte con algunos escritos del propio Freud (1915 a), denominarla *primordial*, *primitiva* y/o —sobre todo— *originaria*, para su mejor diferenciación. Es esta última, acaso más mítica, también la represión más relacionada con una necesidad epistemológica dentro del *corpus* teórico freudiano y que constituiría estrictamente la *Urverdrängung*; la misma antecede, pues, a la represión edípica que mencionamos con el término de represión primaria y configura la base estructural de la existencia del sistema inconsciente y de su diferenciación del sistema preconscious-consciente. Finalmente, cabe señalar que mientras autores como Laplanche otorgan un origen ontogenético y postnatal a esta represión *originaria* (transmisión del significante enigmático, primera inscripción, primera fijación, contrainvestadura, etc.), que remite a la represión que Freud menciona en varios artículos (Freud, 1911 [1910]; 1915; 1915a; 1926 [1925]) llamándola *primaria* o *primordial*, otros, al igual que para todos los conceptos freudianos precedidos del prefijo *Ur*, prefieren referirla a una herencia filogenética, como en el caso de las

fantasías originarias (*Urphantasien*), las que además, dicho sea de paso, se situarían por debajo de la barra de la represión originaria.

Considero que Laplanche, «poniendo a trabajar» la noción freudiana de *Urverdrängung* de la primera tónica, ha dado otra vez un paso muy importante en el terreno de la metapsicología.

16. Se trata probablemente de *L'après-coup* (París, P.U.F., 2006), un nuevo volumen de la serie *Problématiques*, aún no traducido al castellano.

17. Un antagonismo de este tipo me recuerda a otros que aún provocan largas controversias en el mundo psicoanalítico, tales como la oposición pulsión/objeto, realidad exterior/realidad psíquica, objeto externo/objeto interno, perspectiva narcisista vs. perspectiva edípica, interpretaciones transferenciales frente a construcciones, etc., en las que tampoco me parece necesario ni mucho menos conveniente unirme a quienes detentan una posición extrema, adjudicándole toda la importancia a uno de los polos del debate en desmedro del otro, sino que —y no por asumir una postura cómoda, precisamente— suelo inclinarme por un enfoque que contemple y examine la interrelación entre ambos.

18. Y cabe aún sumar aquí otra obra de este último: su libro *La prioridad del otro en psicoanálisis (La révolution copernicienne inachevée* en el original francés), en el cual varios de los capítulos que lo integran están dedicados a la temporalidad.

19. Freud fue antes, parafraseando a Proust, «en busca del recuerdo perdido», al explorar en la memoria de sus pacientes a través de la hipnosis (Breuer y Freud, 1893-1895).

20. Aquí se trata de *otro* segundo tiempo, diferente del que estamos así llamando hasta aquí: un segundo tiempo dentro del «tiempo primordial», en la teoría laplancheana de la represión originaria. (Laplanche, 1981).

21. Entiendo que hay en este último punto una apelación a la noción de represión primaria que Freud comienza a emplear sobre todo desde 1920 —*Más allá del principio del placer*— en adelante; esto es, la represión como respuesta del aparato psíquico ante un trauma que amenaza con desorganizar el aparato. (Cf. también Freud, 1926 [1925]).

22. Mi respetado y recordado maestro, R. Piedimonte, también aludía ya —aunque sin las precisiones que hará Laplanche a propósito de los significantes— a una *Urverdrängung* bajo cuya barra se hallaría la relación de seducción de la madre con su niño, propia del narcisismo primario (Piedimonte, 1979).

23. Desde esta perspectiva la represión originaria no poseería un carácter tan mítico, como diría Laplanche (1987), ni tan oscuro (Laplanche y Pontalis, 1968), acercándose a un mecanismo relativamente aprehensible durante la evolución de la sexualidad infantil. Ello me resulta aún más adecuado si lo pensamos con relación a la represión primaria *edípica*. Siempre me ha parecido posible apreciar, al leer el historial de Juanito, cómo la represión edípica se va instalando en forma gradual, hasta hallar en el historial un sueño de angustia-jalón del pequeño en lo que a ello respecta.

24. O episodios, en plural, si se tratara de situaciones traumatizantes de naturaleza sexual que actuaran acumulándose. En *Estudios sobre la histeria* Freud menciona la «sumación» de traumas en la histeria.

25. «Del análisis del sueño angustioso inferimos que la represión subsiguio al conocimiento de la castración. Lo nuevo es desestimado porque su aceptación costaría el pene [...] Lo reprimido es la actitud homosexual en el sentido genital, actitud que se había formado bajo el influjo de aquel discernimiento» (Freud, 1918 [1914]).

26. Expuesto en la descripción que acabo de hacer el desarrollo de angustia conforme a la segunda teoría de la misma (Freud, 1926 [1925]), cabría considerar que, visto desde la primera teoría, dicho desarrollo podría entenderse también proviniendo de la libido movilizada y de inmediato represada, la que en parte se mudaría en angustia.

27. Las fantasías originarias contendrían en sí mismas los esquemas del complejo de Edipo y de la castración.

28. Madre de Juanito: «Si haces eso [tocarse el pene con la mano], llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí» (Freud, 1909. El texto entre corchetes me pertenece).

29. Personalmente tengo mis dudas de si Franziska, en vez de prima de Katharina, no sería una hermana suya. Si Franziska, en tanto figura como prima, fuera hija del tío incestuoso del historial, como Freud reveló más tarde (nota agregada en 1924 al historial) que éste era en realidad el padre de Katharina y su tía la madre, podría tratarse de una hermana de Katharina. Y Alois, en lugar de ser su primo, sería también su hermano; por lo pronto Rodrigué (1996) alude a éste como el hermano menor de Katharina... Y Freud escribe que Alois le dice a Katharina, cuando ambos buscaban a Franziska y no podían encontrarla: «Al cabo, Franziska está con el padre». ¿El padre? ¿De quién? ¿De Franziska? Tal vez.

No he podido averiguar nada más sobre este punto al indagar en la bibliografía, ni corroboré que alguien más explicita esta sospecha, que, dicho sea de paso, no me parece desatinada de mi parte. Si insisto es porque la gravedad de estos acontecimientos familiares sería en este caso aún mucho mayor, y todo mucho más traumático para Katharina. Recordemos que Franziska, además, quedó embarazada...

30. En el esquema de las series complementarias el primer tiempo corresponde globalmente a una organización psíquica que remite a distintas experiencias infantiles y sobre todo a las fantasías sexuales, más vinculadas con la realidad psíquica, mediando o no un episodio traumático real en especial, sin dejar de reconocer la siempre compleja interacción mundo externo/mundo interno operante en cada sujeto, de la que resulta la verdad histórica.

31. Correspondía al rostro del padre de Katharina, con una expresión que traduciría su excitación sexual y también su furia hacia su hija por haberlo ésta delatado.

32. Ocurre, como nos lo recuerda Anzieu (1991), que Freud se refirió al caso de Katharina en tiempos en que aún se hallaba lejos de concebir la existencia de una libido narcisista y, podemos añadir, sólo se refería a una libido objetal. No obstante, en un pasaje de *La etiología de la histeria* en que describe las «vivencias» del segundo tiempo, insinuará en parte el daño que hoy consideraríamos de naturaleza narcisista. Es cuando dice que «[...] lastima el sentimiento infantil así como el moral [...]». Pero aún es más elocuente cuando en el mismo artículo, al referirse a «la desigual pareja» del adulto y el niño del que éste abusa sexualmente, escribe:



[...] el niño, librado en su desvalimiento a esa voluntad arbitraria, despertado prematuramente a toda clase de sensibilidades y expuesto a todos los desengaños [...]

Y, poco más adelante, señala:

Todas estas desproporciones grotescas, y al mismo tiempo trágicas, se imprimen sobre el futuro desarrollo del individuo y de su neurosis en un sinnúmero de efectos duraderos que merecerían el más exhaustivo estudio. (Freud, 1896b).

Ya en 1926 Freud dirá que todas las situaciones traumáticas remiten a una situación traumática básica, dada por el *desvalimiento* (*hiflosigkeit*).

33. No en vano Freud trata con insistencia el mecanismo del *a posteriori* en el trabajo temprano que llamó precisamente *La etiología de la histeria* (Freud, 1896b) y que venimos citando en forma asidua.

Bibliografía

- ADISSI, Y. R. (2006). «La sexualidad en la obra freudiana». En Y. R. Adissi, *La sexualidad y el vínculo amoroso*. Buenos Aires: Lugar, 2006. (Cap. 1).
- (2006a). «La sexualidad en Elisabeth von R.» En Y. R. Adissi, *La sexualidad y el vínculo amoroso*. Buenos Aires: Lugar, 2006. (Cap. 3).
- ANZIEU, D. (1991). «Descubrimiento de Freud del traumatismo sexual precoz». En n/A. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Buenos Aires, 1995, núm. 8.
- BARANGER, M.; BARANGER, W. y MOM, J. (1987). «El trauma psíquico infantil de nosotros a Freud: trauma puro, retroactividad y reconstrucción», *Rev. de Psicoanál.*, XLIV, núm. 4, 1987. (También se publicó en el *Libro Anual de Psicoanálisis*, Londres: Lima, 1988).
- BOTELLA, C. y S. (1997). *Más allá de la representación*. Valencia: Promolibro, 1997.
- BREUER, J. y FREUD, S. (1893-1895). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu editores. En S. Freud, *Obras Completas*, vol. II.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1994). «Significación o resignificación de la experiencia infantil». En n/A, *Trauma-après-coup-construcciones*, Buenos Aires: núm. 8, 1995.
- FREUD, S. (1894). *Las neuropsicosis de defensa*, *Obras Completas* (OC) Vol. III.
- (1895). *Proyecto de psicología*. OC Vol. I. (*Parte II. Psicopatología*. [4] *La proton pseudos histérica*). (Publicado por primera vez en 1950).
- (1895a). Carta 30. *Los orígenes del psicoanálisis. Cartas a Wilhelm Fliess*. OC, Madrid: Biblioteca Nueva, III, 1968. (Publicado por primera vez en 1950).
- (1896). *La herencia y la etiología de las neurosis*. OC Vol. III.
- (1896 a). *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. OC Vol. III.
- (1896b). *La etiología de la histeria*. OC Vol. III.
- (1896c). Carta 52. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-1899]). OC Vol. I.
- (1897). Carta 59. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-1899]). OC Vol. I.
- (1897 a). Carta 69. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-1899]). OC Vol. I.
- (1898). *La sexualidad en la etiología de las neurosis*. OC Vol. III.
- (1900). *La interpretación de los sueños*. OC Vol. IV y V.
- (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. OC Vol. VII.
- (1906 [1905]). *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*. OC Vol. VII.
- (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. OC Vol. X.
- (1911 [1910]). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. OC Vol. XII.
- (1911). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* OC Vol. XII.
- (1914). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* OC Vol. XIV.
- (1914a). *Recordar, repetir y reelaborar*. OC Vol. XII.
- (1915). *La represión*. OC Vol. XIV.
- (1915a). *Lo inconsciente*. OC Vol. XIV.
- (1917 [1916-1917]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. OC Vol. XVI. (23ª conferencia).
- (1918 [1914]). *De la historia de una neurosis infantil (el «Hombre de los Lobos»)*. OC Vol. XVII.
- (1920). *Más allá del principio de placer*. OC Vol. XVIII.
- (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. OC Vol. XIX.
- (1926 [1925]). *Inhibición, síntoma y angustia*. OC Vol. XX.
- (1933 [1932]). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Conf. 33. OC Vol. XXII.
- (1937). *Análisis terminable e interminable*. OC Vol. XXIII.
- (1937a). *Construcciones en el análisis*. OC Vol. XXIII.
- (1939 [1934-38]). *Moisés y la religión monoteísta*. OC Vol. XXIII.
- GREEN, A. (2000). «Despertar: el tiempo del sueño». En A. Green, *El tiempo fragmentado*, *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001. (Cap. 1).
- (2000a). «El árbol del tiempo». En A. Green, *El tiempo fragmentado*, *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001. (Cap. 5).
- (2000b). *La diacronía en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2002.
- LACAN, J. (1953). *Función del campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos 1*, México, D. F.: Siglo XXI Editores, 1984.
- LAPLANCHE, J. (1969-1970a). *Introducción a la historia y a la problemática de la sexualidad*. En J. Laplanche, *La sexualidad*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1980. (Capítulo 1).
- (1969-1970b). *La teoría de la seducción*. En J. Laplanche, *La sexualidad*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1980. (Capítulo 3).
- (1970). *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1973.
- (1981). «El inconsciente y el ello». *Trabajo del psicoanálisis*, México, D. F.: Vol. 2, núm. 4, 1982.
- (1981a). *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1987.
- (1984). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1989.
- (1986). «La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión





- sexual». En A. Green, J. Laplanche y otros, *La pulsión de muerte*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998.
- (1990). *Reportaje a J. Laplanche*. Por Oscar Sotolano. En *Psicoanálisis: ayer y hoy*. Revista en Internet editada por la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. Núm. 3. <http://www.elpsicoanalisis.org.ar>. Actualizada en mayo de 2006. (Reportaje publicado en la Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, núm. 18, 1992).
- (1990a). «Algunas falsas vías del freudismo». Conferencia en las *Jornadas del Encuentro con Jean Laplanche*, Buenos Aires, 6 al 10 de noviembre de 1990. Publicada en *Trabajo del psicoanálisis*, Buenos Aires, Vol. 4, núm. 11-12, 1991.
- (1990b). «Hitos para el trabajo Analítico». Conferencia en las *Jornadas del Encuentro con Jean Laplanche*, Buenos Aires, 6 al 10 de noviembre de 1990. Publicada en *Trabajo del psicoanálisis*, Buenos Aires, Vol. 4, núm. 11-12, 1991.
- (1992). *Notas sobre el après-coup*. En J. Laplanche, *Entre seducción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001. (Cap. 2).
- (1992a). *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996.
- (1993). «Breve tratado del inconsciente». En J. Laplanche, *Entre seducción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001. (Cap. 3).
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. —B. (1968). *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Edit. Labor, 1971.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. —B. (1985 [1964]). *Fantasia Originaria, Fantasia de los orígenes, Origen de la Fantasia*, Buenos Aires: Gedisa, 1986. (También en *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1976).
- PIEDIMONTE, R. C. (1979). «Algo sobre represión primaria (primordial)», *Rev.de Psicoanál.*, XXXVI, 1979, 3.
- RODRIGUÉ, E. (1996). *Sigmund Freud. El Siglo del Psicoanálisis*, Buenos Aires: Sudamericana, 1996. Volumen I.
- STRACHEY, J. (1953-1974). Nota introductoria a «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa». En: S. Freud, *O. C.*, Buenos Aires: Amorrortu editores, III.

